

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

deuda de juego

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

FRANK MCFAIR

DEUDA DE JUEGO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 518

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 174 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1972

© FRANK MCFAIR, 1972
sobre la parte literaria

© JOSE TRIAY, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.223. — Siete sillas de montar.

En Colección PUNTO ROJO:

497. — ¿Queréis guerra?

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.119. — Maestro en trampas.

En Colección BRAVO OESTE:

530. — Solo una india muerta

En Colección KANSAS:

697. — Allí, donde acero brilla

En Colección CALIFORNIA

769. — Desde el mundo de las sombras.

En Colección ASES DEL OESTE:

628. — De una misma sangre.

En Colección BÚFALO:

947. — La lámpara de Aladino.

En Colección COLORADO:

718. — Los Donovan presentan batalla.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

58. — Razones fundidas en plomo.

CAPÍTULO PRIMERO

—Mi capitán, hay un hombre que pregunta por usted.

Melvyn Llewelyn se quitó el alto morrión y lo dejó sobre la mesa del oficial de guardia. Se volvió al soldado.

—¿De veras, Jones? ¿Quién?

—No me ha dicho su nombre, mi capitán, pero dice que es urgente.

El regimiento de la guardia galesa acababa de relevar al de la guardia escocesa ante el palacio de Buckingham. Llewelyn tenía que dar el parte al comandante y luego quedaba libre de servicio.

—¿Dónde está, Jones?

—Ante la puerta pequeña, mi capitán.

—Vaya y díglele que iré enseguida. Éste... Jones, ¿cómo es ese sujeto?

—Es pequeño y lleva un sombrero hongo, señor.

Melvyn se desabrochó la roja guerrera.

—Vaya y díglele que lo veré dentro de una hora, Jones, por favor.

—Sí, señor.

Llewelyn dio el parte al comandante, que salía también de servicio. Luego fue a su cuarto, y se cambió el uniforme por la ropa de paisano. Mientras se anudaba la corbata, pensó en cuál de los varios tipos pequeños y con sombrero hongo que conocía sería aquel que lo esperaba. Sonrió al espejo y éste le devolvió la sonrisa. Llewelyn medía seis pies tres pulgadas de estatura, y la práctica del tenis lo mantenía en perfecta forma física. Un pelo oscuro y unos ojos azules terminaban el retrato que muchas jóvenes se han formado de lo que debe ser un oficial de la guardia, un celta y un caballero.

Como dijo en cierta ocasión la honorable Christine Barraner, era demasiado perfecto como para ser verdad. Nadie debería ser tan

estupendamente celta y tan estupendamente oficial como para ser sincero.

Y sin embargo, era todas esas cosas.

Y además, estaba en un apuro.

Un grupo de oficiales, igualmente de paisano, esperaba a la salida de lo que llamaban la puerta pequeña, sobre el parque de St. James. Aquélla solía ser la puerta que utilizaban los soldados, pero que comúnmente no usaban los oficiales.

En efecto, entre el grupo de personas que tomaban el pálido sol de diciembre, había un hombrecillo de gabardina oscura, con paraguas al brazo y sombrero hongo.

Con pasos elásticos, Melvyn se dirigió hacia él. El hombre lo había visto y le salió al paso.

—Buenos días, capitán.

—¿Lo conozco? Creo que no.

—Oh, sí, me ha visto alguna vez, capitán Llewelyn. Éste, quisiera decirle un par de palabras.

Tenía un fuerte acento cockney y sus maneras eran un tanto furtivas.

—Bien, hable.

—¿Aquí?

—¿Dónde si no?

—Pues... ¿qué me diría de una copa?

—¿Una copa? Santo Dios, ¿dónde?

—Hay una taberna en...

—Hagamos una cosa, muchacho. Vamos a mi coche y allí me dirá lo que quiera. Es decir, siempre que no pasen de cinco minutos. No tengo apenas tiempo.

—Vaya por su coche, capitán.

El «M.G.» de Melvyn estaba aparcado en la acera del parque. Melvyn subió a él y abrió la portezuela de la izquierda, para que subiera el otro.

—Bien, muchacho. Voy hacia Crescent. Espero que le pille de camino.

—Para mí está bien, capitán.

Melvyn puso el coche en marcha y condujo a través del congestionado tráfico. Miró por el retrovisor a su compañero.

—¿Bien?

—Capitán, me envía Held.

—¿Held? ¿Y bien?

—Martin Held, capitán. Usted lo conoce.

—No he dicho que no lo conozca. Estoy esperando.

—Bien, capitán. Míster Held dice que debe usted pagarle.

—¿Eso dice?

—Sí, señor.

—Una pregunta, muchacho...

—Mott. Me llamo Mott.

—No me importa como se llame, muchacho. Lo que quiero decirle es lo siguiente: ¿Por qué no me ha llamado Held por teléfono?

—Míster Held dice que le ha llamado muchas veces y que usted nunca estaba en casa.

Míster Held dice que necesita ese dinero, capitán, y me ha encargado que se lo diga.

Mister Held...

—Oh, cierre el pico. Mister Held, mister Held... Usted me aburre.

—Sí, capitán, pero míster Held dice que o le paga usted o se verá obligado a...

—¿A qué, muchacho?

La voz de Melvyn tenía una suavidad extraña. Mott lo miró de reojo.

—O se verá obligado a hacer llegar a quien sea que usted le debe el dinero.

—¿A... quien sea?

—Sí, capitán. Dice míster Held que lo llame usted por teléfono hoy mismo.

Un autobús rojo, introdujo sus dos pisos de altura en la calle que Melvyn llevaba. El capitán frenó bruscamente. Mott se fue hacia el parabrisas.

—Bueno, muchacho, vuelva con su míster Held y dígame que le llamaré por teléfono si eso le hace feliz.

—Sí, señor. Y crea, señor, que le conviene pagar...

Melvyn sujetó el volante con una sola mano, alargó la otra y abrió la portezuela del lado de Mott.

—¿Decía, muchacho? ¿Quiere salir despedido del coche?

Mott intentó cerrar la portezuela. La fuerte mano de Melvyn se lo impedía decididamente. El semblante del hombrecillo se puso verduoso.

—Nos vamos a estre... Usted...

Melvyn cerró de un golpe.

—Dígale a Held lo que le he dicho, muchacho, pero no se permita comentarios propios, porque lo envío al asfalto.

Frenó bruscamente, junto al bordillo de la acera.

—Salga del coche, muchacho.

Mott sacó medio cuerpo fuera.

—Usted está acostumbrado a salirse con la suya, capitán, pero...

Melvyn hizo dos cosas casi simultáneamente. Quitó el pie derecho del freno, y lo aplicó al muslo de Mott. Éste salió despedido y fue a parar a la acera.

El coche, libre del freno, continuó su marcha. Melvyn cerró la puertezuela y se aplicó a conducir. Tenía los labios puestos como para silbar, pero, ningún sonido salía de ellos.

Llegó a su departamento, en Crescent, en el último piso de una de las casas más antiguas de la calle, pasó al baño y abrió el agua.

Mientras se desvestía, el teléfono sonó. Lo cogió.

—¿Sí?

La voz era acariciadora, suave, con acento norteamericano.

—Mel, cariño. ¿Qué estás haciendo en este momento?

—Quitándome la camisa. Y dentro de dos minutos, estaré en el baño. Y dentro de veinte, poniéndome una camisa de nuevo.

—Me gustaría que existiera ya el circuito televisivo conectado al teléfono.

—A mí, no. Hay cosas que no me gustaría que vieran los que me llaman.

—¿Y las que te llaman? Yo, por ejemplo.

—Encuentro —dijo Melvyn encendiendo un cigarrillo mientras sujetaba el auricular con el hombro izquierdo—, que esas personas tienen mejores ocasiones de verme y más al natural. Quiero decir, en persona.

—Cariño, ¿dónde me vas a llevar esta tarde?

—Cariño, lo ignoro.

—Mel...

—Carol...

—No me llames Carol. Me llamo Carolina. Me gusta Carolina. Y me gustas tú.

—Estamos empatados —reconoció Mel—. Ignoro dónde te voy a llevar, pero podré decírtelo dentro de un par de horas, si vuelves a llamarme.

—¿Para qué esa maldita cinta grabadora me diga que el «capitán Llewelyn no se encuentra en casa, vuelva a llamar, por favor y comunique su mensaje con voz clara»?

—Esa maldita cinta la grabé yo mismo. Empleé para ello mi acento más acariciador.

—Vete al diablo. Quiero verte esta tarde. Quiero que me lleves a Sbirro y quiero comerme todos los ravioli y beberme todos los martinis que...

—Pisa el freno, Carolina. Sbirro está desgraciadamente muy lejos de mis posibilidades económicas actuales.

—Nadie te ha pedido que seas tú quien pague, cochino.

—¿Sabes que eres la única persona que me llama cochino con voz tan dulce y con tan poco peligro para su anatomía?

—¿Poco peligro? Tú no respetas mi anatomía. Tú... la avasallas.

Melvyn no tenía deseos de discutir ese punto en *sleeps* y camiseta... y por teléfono.

Lanzó una interjección.

—¿Qué...? ¿Qué te ha ocurrido?

—Acabo de pisar un clavo con mis pies desnudos, cariño. El tétanos acecha si no tomo inmediatamente mis precauciones.

—Tú...

—Yo, sí, cariño. Te llamaré más tarde. Las razones de salud no se discuten.

Cortó. Acabó de desnudarse y se metió en el baño. Mientras alternaba la ducha fría con la caliente, estaba pensando en que Carolina Mintone, norteamericana, hija de algún magnate enriquecido, era una mujer que unía a su belleza indiscutible unas condiciones de tenacidad que a veces resultaban positivamente perturbadores. Y más cuando el objetivo propuesto era el mismo.

Salió del baño, comenzó a vestirse y entonces recordó la visita de... ¿cómo se llamaba? Mott. Eso era, Mott. Y recordó a Held.

Cogió el teléfono, miró su agenda y marcó el teléfono. Éste sonó durante casi dos minutos. Luego, una voz fuerte, campanuda, que

conocía bien, respondió:

—Aquí Held. ¿Sí?

—Aquí Llewelyn, sí.

—Ah, capitán Llewelyn. Me alegro de que me haya llamado.

—Siempre se alegró de que le llamara, Held.

—Capitán, las circunstancias...

—Mire, Held. No le puedo prohibir que hable de las circunstancias, sean éstas cualesquiera que fueren. Pero lo que sí me temo que le voy a prohibir es que me mande tipejos como el que me envió esta mañana. Sí, decididamente, creo que voy a prohibírselo.

—Capitán, Mott ha venido y me ha contado...

—Que lo expulsé de mi coche con una pequeña ayuda pedestre. Todo eso lo sé. Lo he hecho yo mismo, no por delegación. ¿Y bien, Held?

—Capitán, usted no parece darse cuenta de las cosas. Un hombre como usted, cuya familia...

—Deje tranquila a mi familia, Held. En su boca suena raro. *Degoûtant* diría yo.

—Y usted deje tranquilo el francés...

—Held, no sea grosero.

—Necesito mi dinero, capitán. Usted ha jugado y ha perdido. Cuando no se tiene dinero para responder, uno no apuesta a los caballos.

—A los perdedores, es posible que no. Pero yo no pensaba que iban a perder.

—Pero el caso es que usted apostó, capitán. Y perdió, y yo necesito cobrar. Vivo de ello, es mi modo de vivir...

—No lo discuto. Me parece un modo de vivir bastante repugnante, pero no lo discuto.

La voz de Held comenzó a cambiar. Se hizo chillona.

—Capitán, tengo que cobrar.

—Held, no tengo dinero. Espere a que gane y podrá cobrarse.

—Capitán, usted bromea, sin duda.

—Algunas veces lo hago. Con personas como usted, nunca.

Hubo un silencio. Oyó la respiración un tanto jadeante de Held al otro lado del hilo.

—Capitán, fíjese bien en lo que le voy a decir: si antes de dos días no he cobrado, yo me las arreglaré para hacer saber a su

coronel que el capitán Llewelyn es un...

—Cuidado con las palabras, Held.

—Es un hombre que no paga sus deudas. ¿Cómo le sentará eso al coronel Glenn-Armore?

Llewelyn encendió un «Craven-A».

—No lo sé. ¿Cómo?

—Muy mal, capitán. Muy mal.

—Una semana, Held. No tengo dinero ahora. Es inútil que pretenda cobrar. No ha lugar.

Tal vez en una semana pueda darle algo a cuenta.

—Escuche, capitán, usted no parece ver el asunto de la manera correcta.

—¿Habla usted de corrección, Held? Usted...

—Capitán, yo soy un *book-maker*. Vivo de ello...

—Y bastante bien, Held. Bastante bien.

—Eso es cuenta mía. Pero yo necesito mi dinero. Pídale usted a su abuelo.

—Quedamos —dijo Llewelyn peligrosamente—, que dejaríamos en paz a la familia.

—Usted me obliga, capitán. El viejo está ya muy mal, al parecer...

—Held, ¿tiene usted mucho interés en que le parta personalmente el cuello?

—El periódico habla de ello. —Y yo le hablo de su cuello.

—Si usted le pidiera algún adelanto sobre lo que cobrará cuando el conde muera... —Decididamente, Held, creo que voy a partirle el cuello. Me disgusta retorcer el cuello a un palomo, prácticamente no lo he hecho nunca, pero tratándose de un tipo como usted, venceré mi natural repugnancia.

—Sólo se trata de un préstamo, algo a cuenta de su herencia, capitán. Ya ve, me pongo en su lugar y...

—¿Usted en mi lugar? Grandísimo cerdo, vaya preparando sus orejas.

—Espere, capitán. El conde puede morir de un momento a otro, lo dice el periódico, y unas libras más o menos...

—Held, usted está conjurando las potencias infernales.

—¡Y usted comiéndose mis ganancias! Si un viejo ha de morir, cuanto antes lo haga, mejor. Y...

—Held, iré personalmente a explicarle lo que pienso de usted.

Colgó. Miró el teléfono, con el ceño fruncido y luego una amplia sonrisa curvó su boca.

Terminó de vestirse y cogió el sombrero.

CAPÍTULO II

Era viernes por la tarde y se notaba. Lo mismo que se notaban apreciablemente las cercanías de la Navidad. Cuando detuvo el coche en la pequeña calle, en Hammersmith, había empleado casi una hora en el trayecto.

La oficina de Martin Held, apostador profesional, estaba sobre la tienda de un sastre judío. Melvyn solamente había estado allí un par de veces, ya que casi todas sus apuestas las había hecho por teléfono.

Pero recordaba perfectamente el camino. Un pasillo estrecho, a cuyo final había una especie de rotonda. Tres puertas abrían a ésta. Ante una de ellas había un hombre de mediana estatura y muy ancho de hombros, sentado ante una mesita baja sobre la que había desplegado un periódico de *cómics*.

—¿Está Held? —preguntó Melvyn concisamente. El hombre se puso en pie.

—Está ocupado. ¿Quién es usted?

—Capitán Llewelyn. Dígale ahora mismo que quiero verlo.

—Bueno, paciencia, amigo.

—¿Cómo ha dicho?

—He dicho, paciencia, amigo.

—No recuerdo haber montado nunca sobre usted, ni haberle puesto al cuello la cebadera.

La cara del hombre se empurpuró. Tenía las orejas aplastadas del púgil profesional.

—Oiga, si cree que...

—Dígale a Held que salga ahora mismo. Quiero hablar con él, no charlar con usted. Vamos. Rápido.

El tono de Llewelyn no admitía réplica. El boxeador llamó a la puerta, entró, y volvió a salir al cabo de un instante.

—Míster Held dice que...

Pero Melvyn pasaba ya, apartándolo. El despacho estaba sucio, despintado y lleno de papeles. Una mesa con cuatro teléfonos, y tras la mesa un hombre, alto, cargado de hombros y en mangas de camisa.

En ese momento estaba hablando por teléfono. El boxeador no se había retirado. Permanecía junto a la puerta, que había cerrado.

Held hizo una seña a Melvyn para que esperase, y continuó hablando por teléfono.

Melvyn frunció una ceja.

—Bueno, Held, tengo prisa, así que corte de una vez esa charla.

Held hizo un gesto y colgó, después de asegurar a alguien que «se verían un poco más tarde».

Se quedó mirando a Melvyn.

—Siéntese, capitán.

—No he venido a sentarme con usted, Held. Vine a preguntarle qué diablos había querido darme a entender con esas estupideces que me ha soltado por teléfono.

—Capitán...

—Vamos, no puedo perder tiempo.

—¡Pero sí puede disponer de mi dinero! No crea que me va a avasallar con su maldita soberbia.

Melvyn lo miró fijamente. Había una sonrisa exasperante en sus labios.

—Continúe, Held.

—Eso, que no me va avasallar y que...

—¿Acabó?

—No, maldición.

—De todas maneras comenzaré yo. Es usted un cerdo, Held, y, ¿sabe lo que hacen en Gales con los cerdos? Los cuelgan por la rabadilla y les cortan las orejas. Así que...

—¡Usted no me asusta, capitán! Usted cree que puede disponer de mi dinero e insultarme encima. Pues no lo voy a consentir. Si dentro de dos días no tengo mi dinero, yo haré que su jefe sepa quién es usted.

Melvyn le dio una bofetada y lo tiró contra la pared. Al instante sintió en su nuca el aliento del boxeador.

Se hizo a un lado, y el puño de éste último le pasó a dos pulgadas de la cara. Melvyn era bastante más alto que el otro, pero

no estaba dispuesto a enzarzarse en una pelea con un profesional, por sonado que éste pudiera estar. Le puso la zancadilla, le hizo vacilar y luego le golpeó con todas sus fuerzas en la nuca.

El boxeador dobló la rodilla.

—Held —dijo Melvyn—. Usted tendrá su dinero, pero tiene que esperar algún tiempo.

—¡No quiero esperar! —dijo el otro trabajosamente—. No voy a esperar más que los dos días que le he dicho. Y por lo que me ha hecho...

El boxeador se estaba poniendo lentamente en pie.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una porra con una correílla de cuero para sujetársela a la muñeca.

Melvyn hizo el mismo gesto. Pero en su mano no había una porra, sino la pistola de reglamento.

—Tire eso, muchacho. Térelo o le parto la mano.

El boxeador miró a su jefe. Éste asintió. Guardó la porra, pero se mantuvo a la expectativa.

—Held —dijo Melvyn—. Le voy a decir una cosa. Si le dice algo a mi jefe o a quien sea, usted no verá un céntimo de todo lo que le debo. Si no lo hace, procuraré pagarle cuanto antes. ¿Entendido? Es cosa de tomarlo o dejarlo.

Hizo una pausa.

—También fue idea mía el liarme con un apostador de su calaña, Held. Reconozco que me equivoqué. En algún lugar de esta ciudad debe haber tipos decentes.

La cara de Held estaba pálida. La boca se le movía, debido a un tic nervioso.

—Sólo por decirme eso le voy a hundir, capitán. Sólo por decírmelo. Si no me paga dentro de siete días, si no he recibido el dinero el viernes que viene, le doy mi palabra que se lo hago saber a su jefe.

Melvyn se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero no vuelva a importunarme o vendré personalmente de nuevo.

Además de un cerdo, es usted un tonto, Held.

—Le haré tragarse esas palabras.

—¿*Personalmente*, Held?

Yo... Bueno, se las haré tragar.

Váyase al infierno, bastardo.

Melvyn se dirigió a la puerta.

—Y usted, cuando saque de nuevo esa porra, piense que puedo hacer que se la coma en compañía de algunos dientes.

El otro farfulló algo. Melvyn lo ignoró. Había abierto la puerta y estaba ya fuera.

Llegó a su coche, subió a él y lo puso en marcha.

«Muchacho —se dijo—. Has dejado a salvo tu amor propio, pero me parece que estás en un buen lío».

De haber pertenecido a otro regimiento, hubiera calibrado la posibilidad de hablar con el coronel, pero en la Guardia Real... Bien, ésa era una de las cosas que no podían hacerse. Simplemente, le formarían un expediente y podrían incluso degradarlo.

No, no parecía viable. Tendría que sacar dinero de alguna parte, pero ¿de dónde?

—Y de paso, ¿quién me metería a mí a jugar con un tipo así? —dijo en voz alta—. Reconozco que tiene cierto derecho a su dinero, pero la forma de reclamarlo...

¿Qué diablos querría decir con eso del viejo conde? ¿Que había leído algo en el periódico acerca de él? Si algo hubiese ocurrido a su abuelo, alguien se lo habría teleografiado.

De todas formas, paró en Picadilly y compró un periódico. Lo dejó en el coche y continuó hasta Sbirro.

Cuando entró en el restaurante, lanzó una ojeada alrededor. A la media luz vio a Carolina Mintone sentada en una mesa, fumando un cigarrillo.

—Media hora —dijo ella—. Media hora llevo esperándote.

Melvyn se sentó. El camarero apareció ante él como un fantasma.

—Tráigame un *whisky* doble —dijo Melvyn—. Lo siento, querida, pero he tenido que hacer.

Carolina tenía el pelo negro, los ojos grises y usaba lentes de concha color rojo. Cuando se los quitaba estaba francamente hermosa, pero con ellos parecía una diablesa. Llevaba ropas caras y usaba un perfume que fabricaban exclusivamente para ella en París.

Y sin embargo, pensaba Melvyn al mirarla, había algo en ella que no entonaba ni con las ropas ni con el perfume. Se preguntaba a veces qué sería.

—Bueno —le dijo—. ¿Qué diablos ocurre?

—Simplemente, que hoy no me apetecía Sbirro.

—¿Por qué no tienes dinero?

—Ésa es una de las causas, aunque no la principal.

—Di más bien que no querías verme.

Lo examinaba con la fija mirada del oculista.

—Hay algo más. Cuéntamelo.

Tal vez era eso: la forma autoritaria que tenía de pedir las cosas. Había conocido a muchas americanas y no todas eran así. Bien es verdad que ésta era la hija de un individuo con mucho dinero, pero ello no le daba autorización para llevar siempre razón. —Y...— dijo lentamente, pero sonriendo—. ¿Por qué habría de contártelo?

Ella acusó el golpe.

—Porque —respondió—, se supone que soy amiga tuya.

—También es mi amigo Sbirro y no le cuento todas mis cosas.

—¡Estoy hablando en serio!

—Y yo, querida. ¿Por qué no cenamos y olvidamos todo eso?

—¡Quiero que me digas lo que te ocurre!

Melvyn sonrió.

—¿De veras lo quieres?

—¡Naturalmente que sí! No lo pediría, si no fuera así.

—Pues bien, allá va. Me encuentro en un buen lío. Ella podría ser autoritaria, pero no era tonta.

—Los caballos —dijo.

—Los caballos —asintió él.

—Me lo figuraba. Eso quiere decir que debes dinero. —Tu clarividencia me entusiasma.

—No te rías. Y que no puedes pagar.

—Pues vas aproximándote notablemente.

—Y por último, ¿qué piensas hacer?

—¿Tengo que hacer algo forzosamente?

—A veces me sacas de mis casillas. Espera..., ¿es que te han amenazado?

Melvyn seguía sonriendo.

—Acerté, ¿verdad? Te han amenazado con alguna cosa.

—Bueno, querida, sigue. Pareces una adivinadora del porvenir, un oráculo, la Sibila de Delfos y todo eso.

—Melvyn, ¿cuánto dinero debes?

—Carolina, ¿por qué lo preguntas?

—Porque... oh, algunas veces me gustaría darte un golpe en la cabeza. No seas tan británico, haz el favor.

—Es que he nacido en Inglaterra. No veo qué otra cosa podría ser.

—¿Cuánto?

—¿Por qué?

—Pues para dejártelo, maldición.

—Si sigues diciendo palabrotas, el camarero va a creer que eres inglesa. Y ahora, en serio. No quiero tu dinero.

—¿Por qué?

—Pues porque he hecho muchas cosas en mi vida, pero no coger dinero de una mujer.

—¡Victoriano!

Melvyn se echó a reír. Acababan de traerles los ravioli. Pese a su problema, se puso a devorarlos con el apetito de un hombre de treinta años, fuerte y normal.

Ella colocó ambos codos sobre la mesa y la barbilla en las manos, despreciando los alimentos.

—Dime una sola razón por la que no puedas aceptar mi dinero.

—Pues porque es tuyo, simplemente, y no me preguntes más.

—El aristócrata inglés, el oficial de la Guardia Real, el hombre de honor...

—Bueno, ya está bien. Puedo olvidarme de todas esas cosas en un momento y sentarte sobre mis rodillas para darte azotes.

Y, además, anticuado. Ya no se dan azotes a una mujer.

Los ravioli están excelentes.

—¿Con qué te han amenazado? Y a propósito, ¿quiénes son?

—Unos apostadores. Unos tipos cualquiera. Y me han amenazado con decírselo al coronel Glenn-Armoree.

—Pero eso..., ¡eso quiere decir que te pueden expedientar!

—Para decirlo burocráticamente, sí, pueden hacerlo.

Estarían en su derecho. Se supone que los oficiales de la guardia son hombres que no juegan, no beben demasiado, no seducen a las mujeres y no pegan a sus perros.

—¡Payaso!

—Encantadora.

Y siguió comiendo.

La muchacha lo contemplaba con el entrecejo fruncido.

—¿Cuánto tiempo te han dado de plazo para pagar?

—Una semana. Pasado ese tiempo, si no consigo que mi abuelo suelte el dinero, actuarán. Pero al menos esta tarde he tenido el placer de pegarle a un tipo. A dos.

—¿Una semana? Poco es.

—No parecían estar deseosos de prorrogar el plazo. Son unos cerdos, pero no les culpo.

Viven de eso. ¿No cenas?

—No tengo ganas. En cambio, deseo marcharme al hotel.

—Bueno, en ese caso...

—No, tú quédate aquí. ¿Qué harás mañana?

—Voy a ir a casa de mi abuelo. Ese tipo dijo que... algo había leído en el periódico acerca del viejo. Por cierto...

Cogió el periódico y le echó una ojeada. Encontró lo que buscaba en una de las páginas interiores. Una simple nota advirtiéndole que el conde de Penzance se encontraba gravemente enfermo.

—Aquí está. Bien, si salgo esta misma noche, podré llegar allí al amanecer.

—Y supongo que aprovecharás el viaje para ver a esa horrible Jeannette.

—¿Horrible? No había pensado nunca de ella en esa forma. No creo que sea horrible.

—¿La verás?

—Hombre, ya sabes que es la preferida del conde. Se entienden bastante bien. Y su hermano es mi compañero y...

—Y ella tiene el pelo de color panocha y habla con acento galés.

—No conozco un acento más apropiado para un galés.

—Atiéndeme bien: esa chica anda tras de ti.

—Lo dudo. Nunca he notado nada parecido.

—Porque aun siendo un oficial de la Guardia Real eres un auténtico chiquillo inmaduro en lo que se refiere a mujeres.

—¿Tú crees? —preguntó él lanzándole una rápida mirada. Carolina enrojeció ligeramente.

—Haz el favor de no ser grosero.

—Sólo quería decirte que...

Ella se puso en pie.

Me voy al hotel. Te llamaré mañana a casa de tu abuelo.

Me parece muy bien, pero ¿a qué tanta prisa? Creí que querías ir al teatro o al cine.

—No tengo ganas de ir a ninguna parte. Te llamaré mañana.

—De acuerdo.

Taconeando, Carolina Mintone salió de Sbirro. Melvyn acabó su cena con una botella de *rosatto*, firmó la minuta y salió.

Cuando iba a subir al coche, notó algo raro. Se volvió y vio que la rueda izquierda de delante estaba en el suelo.

—Vaya, maldición —dijo.

Frunció las cejas. El coche no parecía escorado...

Y no lo estaba. No era solamente aquélla rueda la que estaba en el suelo. Eran también las otras tres.

Se dirigió al portero del restaurante:

—Mi coche tiene las cuatro ruedas pinchadas. ¿Sabe algo de eso, Pedro?

El portero español movió la cabeza.

—No, capitán. Pero estuve un momento dentro y... ¿Las cuatro ha dicho, capitán?

—Las cuatro.

—Algún gamberro, señor.

—Probablemente, supongo. Bien, voy a telefonar al garaje.

El portero dio dos zancadas y miró los coches que había aparcados en la acera izquierda.

—No se moleste, Pedro —dijo Melvyn—. Apuesto a que ninguno de éstos tiene nada de particular.

—No, señor —dijo el portero—. ¿Quiere decir que...?

—Quiero decir que quien sea la ha tomado conmigo. Llame a Shriver, Pedro, por favor, ¿quiere?

—Claro que sí, señor... Lo siento mucho, capitán, pero...

—Usted no tiene la culpa, Pedro, no se preocupe. Llame a Shriver y dígame a Johnnie, el encargado, que venga a buscarme el coche. Mientras, beberé una copa.

Media hora después, el encargado del garaje estaba allí con un «Landrover» de pequeña grúa. Melvyn salió.

—Escuche, Johnnie, quiero que me haga un favor.

—Lo que usted quiera, capitán.

—Quiero que me revisen bien el coche. Los frenos, la batería y

todo aquello que pudiera descomponerse en el camino. Salgo para Gales esta misma noche. ¿Cuándo pueden hacerme eso?

Melvyn era un buen cliente. Y, sobre todo, los empleados lo apreciaban. Johnnie movió la cabeza.

—Denos una hora, capitán. Lo vamos a mirar el patrón y yo.

—Gracias, Johnnie. Tome una copa.

—No, señor, gracias. La tomaremos después.

Una hora después, Melvyn estaba en el garaje. Pese a que había pasado la hora de cierre, tanto Shriver como Johnnie estaban con el coche. Shriver se secó las manos en un paño grasiento.

Capitán —dijo—, le han metido un punzón a las cuatro ruedas.

Me lo imaginaba, Shriver. Jamás me quedé con las cuatro ruedas en el suelo al mismo tiempo.

—¿Dio parte a la policía?

—No vale la pena. ¿Y el resto?

—Bien. No tocaron más que las ruedas. Una gamberrada.

—Supongo. Bien, tomemos una copa y me marchó.

—Puede ir tranquilo, capitán. Hemos mirado los frenos, la batería, la toma de aire... todo. Johnnie lo ha probado ya.

—Gracias, Shriver. Envíeme la factura a primeros de mes, ¿quiere?

—Seguro, capitán.

Subió al coche y arrancó. Había ya mucha menos afluencia de tráfico, debido al frío y a la hora. Cuando logró salir de Londres, eran ya las once. La autopista hasta Stockenchurch pudo cubrirla en pocos minutos, menos de media hora.

Pasó por Oxford a las doce y media y se detuvo para tomar un café. Mientras lo hacía, pensaba en el viejo conde de Penzance, en su abuelo, el hombre que lo había criado desde que murieran sus padres durante la guerra mundial, el viejo al que nunca había visto enfermo, que lo había enviado a Sandhurst y en cuyo castillo normando había pasado siempre sus vacaciones.

—¿Qué diablos le habrá ocurrido al viejo? —preguntó al volante, mientras adelantaba a un camión vacío.

Cheltenham, Gloucester...

El conde no había estado nunca enfermo, cierto, pero tampoco había tenido setenta y cinco años como ahora. Las últimas vacaciones le había visto inclinarse sobre los rosales, con la

podadera en la mano, y quejándose aviesamente porque las «*lady* Clare», las «Mary-Guinny» y las «Memolinas» no asimilaban el abono que le acababan de enviar. Las rosas parecían ser su única pasión, pero Melvyn sabía que era muy capaz de apasionarse por otras cosas.

Monmuth, Breckneock... Ahora ya estaba en el corazón de Gales. Y sólo eran las dos de la mañana. El coche se portaba bien. Y a propósito del coche, quizá debería haber dado parte a la policía. Eso le serviría para cobrar el seguro por accidentes provocados.

Frunció el entrecejo. ¿Provocado? Sí, pero ¿por quién? ¿Quién había sido el maldito bastardo que le había pinchado las cuatro ruedas al mismo tiempo, con un punzón? ¿Podrían haberlo seguido los hombres de Held hasta el Sbirro? ¿Por qué se habían ensañado con su coche, cuando un poco más allá había dos «Jaguar» y un «Mercedes»? Bueno, ya contestaría a aquellas preguntas cuando volviese a Londres, el domingo por la noche.

Entraba en Carmarthen a las tres de la mañana.

CAPÍTULO III

Master Melvyn —dijo el mayordomo con temblorosa voz—. Master Melvyn, si me hubiera avisado...

Master Melvyn le entregó el sombrero y la trinchera. Podía colgarlos él por sí mismo, pero sabía que aquello hubiera sido ofender al viejo que llevaba en la casa tantos años como su abuelo.

—¿Cómo está mi abuelo? —preguntó.

—Oh, Master Melvyn, creo que no se ha dormido todavía.

El mayordomo llevaba una bata sobre el pijama. El sí debía haber estado durmiendo.

Melvyn cruzó el gran *hall* con altas ventanas y llegó a la escalera.

—John, ¿qué hace usted levantado? ¿Y las chicas?

—Oh, señor, pidieron permiso para ir al pueblo. Hay no sé qué fiesta...

—¿Qué diablos es lo que le ha ocurrido a mi abuelo?

—Pues veré, Master Melvyn... Yo creo que... Bueno, yo creo que debería hablar usted con él.

—Para eso he venido. Vi la noticia en el periódico.

Cogió al anciano por los hombros.

—Bueno, John, ¿qué le ha ocurrido?

—Pues... en realidad... ¡Master John, me despellejará vivo si le hablo antes de que lo haga el señor conde!

—Pues entonces... ¡adelante, arm! Cuando habla de despellejar quieres decir que no se encuentra muy mal.

—No, señor.

Ascendió la escalera a paso de carga y penetró en la habitación del conde de Penzance. Estaba situada en una de las alas normandas, y recibía la luz de cuatro ventanas. En el inmenso lecho de dosel, un anciano de grandes bigotes blancos y pelo sedoso del mismo color, lo miró por encima de los lentes. Estaba leyendo un

libro.

—Hola, mocoso.

—Bueno, abuelo, ¿qué es eso de poner anuncios sin pagar en el periódico?

Se sentó en el borde de la cama. El viejo alargó la mano y Melvyn la estrechó entre las suyas.

—¿Cómo está la reina, mocoso?

—Como siempre, abuelo. Le brillan los ojos.

—¿Y los cachorros? ¿El príncipe?

—Carlitos está muy alto, señor. Carlitos estudia poco, señor. Y Carlitos ya no se coge a los cordones del oficial de guardia.

—Bueno, bueno. ¿Le dijiste a la Reina que pasaría un día de éstos para besarle la mano y para darle un tirón de orejas a Felipe?

—Sí, señor. Se lo dije, pero no sé si me oyó.

El viejo rió.

—Y ahora, a lo nuestro. ¿Viste el suelto en el periódico?

—Naturalmente. Ello me hizo venir, abuelo.

Un idiota lo hizo publicar y la agencia lo repartió por el país, ¿no es eso? Bien, mentira, todo mentira.

—En ese caso, tengo la impresión de que he perdido el viaje.

—¿Esperabas verme muerto?

Melvyn lo contempló con expresión pensativa. Cuando ese anciano, que parecía tan pequeño en la inmensa cama muriese, él heredaría el título y el dinero. Podría pagar a todos los acreedores, podría...

—Abuelo, ¿qué estás tramando?

—El dinero, muchacho. El maldito dinero. No tengo.

Parecía que le hubiera adivinado el pensamiento. Melvyn se sintió ligeramente incómodo.

—Un momento, abuelo. ¿Qué ocurre?

—Mi Banco. Me vinieron a ver. Al parecer, no hay dinero. No queda más que la casa y un par de prados. Prácticamente nada con los impuestos que hay que pagar.

—Bueno, pero ¿por qué le dijiste al periodista que estabas enfermo?

—Le dije sólo que estaba enfermo de rabia, pero al parecer olvidó mencionar la última palabra.

—Lo siento.

—¿Que no esté enfermo?

—Que no tengas dinero. Estoy en un compromiso.

—¿Deudas?

—Juego, señor.

—Me lo imaginaba. Estoy seguro de que caballos, ¿no?

—Sí, señor.

—Siempre ocurre lo mismo. Tu padre era igual. Un iluso. Pensaba que el caballo al cual apostaba debía ganar porque entendía mucho de caballos. Y nunca entendía lo bastante.

O esos tipos son unos ladrones, y siempre...

Se estaba riendo.

Melvyn comprendió de pronto.

—Un momento —dijo—. Abuelo, tú no haces nunca nada sin un motivo. Tú has hecho poner ese suelto para que yo viniera.

—Digamos que es muy posible —respondió el otro cazurramente.

—Bueno, ¿puedes hablar claro?

—Puedo. Tráeme el *whisky*. Debajo de la cama.

Melvyn cogió la botella y la miró al trasluz. Estaba mediada.

—¿Cuánto has bebido?

—Todo lo que me ha dado la gana. Engañé a John.

—No lo creas. Bueno, da lo mismo.

El viejo conde llenó dos vasos y alzó el suyo.

—A tu salud, mocoso. Estuvo a verme Jeannette.

—Y te habló de mí.

—Por cierto. ¿Sabes? Me encuentro mejor que nunca.

—Lo veo. ¿Y...? ¿Qué te dijo Jeannette?

—Que habías estado jugando.

—Supongo que su hermano Félix se lo habrá dicho.

—Por cierto, y que estabas metido en un lío, muchacho.

Lo miró bajo las cejas hirsutas. Esta vez no se reía.

—Muchacho, ¿eso te puede traer perjuicios en el regimiento?

—Algunos, abuelo.

—No puedes consentirlo. Eres el séptimo oficial de la Guardia Galesa en la familia. Siempre ha habido un Llewelyn en ella.

—Lo sé. Estudio de vez en cuando el árbol genealógico. Pero eso no me sirve de nada en estos momentos.

—No puedes dejar que te expulsen.

—No quisiera, que no es lo mismo.

—Y por eso hice creer que estaba enfermo.

—Bueno, no lo entiendo muy bien. Si tuvieras la condal amabilidad de explicarte... —Muy sencillito, perdulario. Si esa gentuza que te apremia cree que vas a cobrar la herencia, esperarán. El tiempo necesario para que reúnas el dinero o yo pueda vender Prater Inn. Lo malo es que los malditos me ofrecen poco por ello.

—No puedo obligarte a que hagas eso, abuelo.

—Oh, maldición. No es ningún sacrificio. Prater Inn se vendería más tarde o más temprano para sostener esta casa. Pero no quiero regalarlo y si se huelen que no tengo un chelín, me ofrecerán por él mucho menos de lo que vale. No, mocoso, por el momento lo principal es lo principal. Que crean que me estoy muriendo y que vas a heredar una buena tanda de libras. Y tú, mientras tanto, maldito tonto, procura acertar mejor el ganador de las carreras.

—Gracias, abuelo, pero creo que no bastará. Me dan una semana.

El viejo lo miró cejijunto.

—¿Cuánto debes?

—Tres mil quinientas.

—¡Maldición! Tu padre no llegó nunca a deber más de tres.

—Eran otros tiempos. La vida sube.

—Y yo...

—Tú te jugaste tus cuerdas en una sola noche.

—Eran otros tiempos. Y yo tenía la seguridad de ganar.

Rieron, pero esta vez sin alegría.

—Muchacho, no puedo dártelas.

—Lo sé, abuelo. No he venido por ellas. Vine porque pensé que estabas mal.

—Déjalos que sigan pensándolo. Algo se nos ocurrirá.

Bebió un nuevo vaso de *whisky*. Luego hizo algo extraño en él. Abrazó a su nieto.

—Verás cómo todo se arregla.

—Seguro. Y ahora, duerme.

—Mañana dirás a todo el mundo que me encuentro muy mal y que no recibo a nadie. ¿Verdad?

—Seguro.

—Bien, vete a dormir. Creo que está John sólo en la casa. Las chicas se han ido a Carmarthen. No sé por qué, pero me parece que no durarán mucho. Hay quien les ofrece muy buenos sueldos y yo... Maldición, la gente es desagradecida. Sus madres sirvieron aquí, y sus abuelas, pero ellas quieren... Hum..., hum...

El *whisky* le había hecho efecto. Melvyn salió del cuarto de puntillas para no despertarlo.

El día amaneció gris y frío. Cuando Melvyn bajó a desayunar, miró por la ventana y presintió que las Navidades serían blancas.

Salió después de consumir dos huevos y tocino frito con riñones. El parque presentaba un aspecto triste. A lo lejos, por la carretera, vio pasar los camiones que iban hacia Londres con pescado.

Silbó a los perros y cruzó el parque. Saltó un par de setos vivos y a lo lejos vio los edificios de la granja de los Orwell, con sus rojos tejados y sus oscuros ladrillos.

La casa estaba un poco apartada. Dos perros grandes aparecieron de pronto y se precipitaron hacia él con ladridos de alegría. Detrás de ellos llegaba la muchacha. Llevaba pantalones de pana y suéter amarillo.

—Hola, Melvyn.

Le alargó la mejilla y él se la besó ligeramente. Cada día que pasaba encontraba más hermosa a Jeannette Smith-Orwell. Tenía el pelo color manteca, la cara tostada por la exposición al sol y al aire, y un cuerpo flexible y con curvas que la ropa que llevaba no bastaba para ocultar.

—Caramba, Jean, estás estupenda. ¿Cuánto tiempo hace que no nos veíamos? ¿Seis meses?

—Siete. ¿Quieres tomar algo?

—No, ya he desayunado.

—Leíste el periódico, ¿verdad?

—Por supuesto. Ya me ha explicado ese horrible anciano lo que ocurre.

—Llewelyn Manor hubiera necesitado un hombre, un campesino. No se hubiera hundido como lo ha hecho. Pero el único hombre decidió vestirse de encarnado y pasear ante los turistas en las verjas del palacio.

—No negarás que el rojo me sienta muy bien. Y tu hermano...

—Mi hermano tiene otros tres y a mí, que valgo lo que otros dos. Bueno, pero no vamos a discutir. ¿Vas a estar todo el fin de semana?

—Claro. ¿Por qué?

Ella se inclinó para acariciar la cabeza del perro de Melvyn.

—Pensé que estarías demasiado ocupado en Londres.

Melvyn la cogió por los cabellos para obligarle a levantar la cabeza.

—¿Qué clase de tonterías te ha estado contando ese chismoso de tu hermanito?

—Una tontería del otro lado del Atlántico. Pero no pensarás que eso me importa, ¿no?

—Pues debería importarte. Se supone que deberías estar enamorada de mí.

—Pues no lo estoy.

—Peor para mí.

Hubo un silencio. Fue ella quien lo rompió.

—También me ha contado otras cosas.

Melvyn hizo un gesto de desagrado.

—El duelo está prohibido entre los oficiales de la Guardia, pero me parece que voy a desafiar a tu hermano a espada, pistola, bastón y patada. ¿Qué mil diablos te ha contado?

Ella engrameó la rubia cabeza. En ese momento algo blanco, ligero y frío, cayó sobre su cara. El primer copo de la nevada.

—Bueno, vamos a dejarlo así, ¿eh, Mel? Estamos en un país libre y todo hombre tiene derecho a hacer lo que le parezca mejor. Y después de este discurso, creo que tengo que volver a casa.

Melvyn la cogió del brazo.

—Espera un poco, demonios. Voy a pasar dos días aquí y no quiero que te enfades. No sabría qué hacer en todo ese tiempo.

—Puedes llamar a tu americana y enseñarle las bellezas naturales de Gales.

—Puedo, pero no quiero hacerlo.

Los copos eran más frecuentes.

—Vamos a tu casa.

Ella se soltó.

—Yo tengo que hacer. Hay que ponerles pienso nuevo a las vacas y los dos peones no trabajan bien como no esté yo delante.

—Bueno, pues te ayudaré.

Media hora después estaban en el salón, ante la chimenea encendida.

—¿Y tus hermanos?

—Han ido a Carmarthen para encargarse de cosas.

—Así que estás sola.

Ella lo miró seriamente.

—Sí. Pero si tienes intenciones deshonestas, puedes comenzar a desechárlas.

Melvyn se echó a reír. Sin alegría.

—Bueno. Veo que al fin y al cabo tendré que pasar estos días solo. Estás endemoniadamente extraña.

—No digas tonterías. Lo que ocurre es que me duele ver a una persona a la que conozco desde toda mi vida hacer tontería tras tontería.

—Si te refieres a la americana...

—Me refiero a ella y al juego.

—Tu hermano es un...

—Mi hermano es un buen amigo tuyo, aunque no lo creas. Y me ha dicho que puedes buscarte un buen lío si no dejas de apostar a los caballos.

—Y si no dejas a la americana, ¿no?

—Eso no creo que... Oh, vamos a dejarlo, ¿quieres? No quiero que creas que es eso lo que me preocupa. —Pero ¿no te preocupa nada?

—Escucha, hay cosas más importantes que esa chica. No la conozco. Félix me ha dicho que es muy hermosa. Pero no es eso lo importante. Un oficial no puede jugarse un dinero que no tiene apenas. Y tú no lo tienes.

Melvyn sonrió de nuevo. Pero en sus ojos había un brillo especial, que ella conocía bien.

—Tu hermano Félix tiene un defecto: el de meterse en lo que no le importa. Y pienso decírselo tan pronto como lo vea el lunes. Y ahora, adiós.

Dio media vuelta y su perro lo siguió. La joven lo vio marchar desde la ventana de la sala.

Las voces se oían tan claramente como si ambos estuvieran hablando a dos pasos de distancia. No obstante, los separaban

muchos miles de millas.

—Pero, Carolina, lo que me estás pidiendo es...

—Papá, ¿lo vas a hacer? Necesito tu ayuda.

—Bueno, hija, por supuesto que lo voy a hacer, pero debes llevar mucho cuidado.

¿Estás segura de que el dinero no lo arreglaría?

—No, papá. No te habría llamado si lo pensara.

—Pareces muy interesada en ese soldadito de chocolate.

—No es un soldadito de chocolate, papá, es el hombre del que estoy enamorada. Tú puedes hacer lo que te pido.

—Pues... claro, y si estuvieras en los Estados Unidos, ya estaría arreglado, pero...

—¿Lo vas a hacer?

—¡Sí, condenación! Eres tan testarada como tu madre, que en gloria esté. Cuando quería una cosa me mareaba hasta que le decía que sí.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? Pues... dame veinticuatro horas... No, dame cuarenta y ocho. Pero escucha, Carolina, la cosa es mucho más seria de lo que tú crees. Inglaterra no es los Estados Unidos. Y no quiero hablar por teléfono. Alguien te entregará una carta mía dentro de dos días. Procura hacer exactamente lo que te digo en ella, porque es muy importante. ¡Santo Dios, no debería haberte dejado ir a ese país!

—Papá, eres un encanto.

—Un tonto es lo que soy. Bien, aguarda un poco, pero nada de tonterías, ¿eh?

—No, papá, gracias. Un beso.

—Igualmente, Carolina. Cuídate, hijita. Adiós.

* * *

La nieve cubría el campo. La muchacha se quitó los chanclos y John los recogió.

El conde de Penzance estaba ante la chimenea, envuelto en su bata guateada, parecido a un águila desplumada. Sus ojos, hundidos, brillantes, examinaron a la chica con aprobación.

—Entra, entra, Jean. Melvyn no está. Hace un rato ha estado aquí un periodista repugnante. John le ha dicho que estoy muy mal, pero mucho me temo que se vaya directamente a ver al doctor

Owens. Bueno, maldición, espero que Owens no lleve hasta el extremo la deontología profesional. Necesito que toda esa gentuza crea que me encuentro peor de lo que estoy, en realidad.

Lanzó un corto graznido.

La joven se sentó frente a él.

—Señor, creo que están ustedes haciéndolo mal. No son niños jugando, sino personas adultas.

—Ah, un viejo es como un niño. Todo el mundo lo dice.

—¡Demonios!

—Jean, tengo que ayudar al muchacho.

—Un tipo que... juega y que... Oh, que, se ayude él solo.

—¿Desde cuándo piensas que la familia debe dejar luchar solo a uno de sus miembros? Pensé que el muchacho te interesaba. No contestes si no quieres, pero... ¿te interesa o no?

Ella jugueteaba con las tenazas.

—Señor, prefiero que no me haga esa pregunta. ¿Le importa que no conteste?

—Como quieras. Ya lo has hecho. Pues bien, el muchacho necesita ayuda. No voy a negársela. No tengo dinero, pero puedo hacer que alguien piense que va a heredar.

Ella movió la cabeza.

—Eso es meter la cabeza bajo el ala. No se trata de eso. Se trata de que, aunque salga de ésta, volverá a caer en otra. No se cura una infección con aspirina. Sólo se quita la fiebre. Lo que hay que hacer es cortar la infección.

—¿Y cómo la cortarías tú?

—Hablando con él. No es un cadete de veinte años, sino un hombre de treinta. Lo que ocurre es que las cosas le han ido muy bien en la vida. Necesita algo así como una purga.

—¿No estás siendo demasiado dura con él?

—No, señor, y usted lo sabe bien. Pero ¿para qué vamos a hablar de ello? Señor, ¿le gustaría que fuese expulsado de los Guardias?

—¡Por supuesto que no! Nadie lo expulsará.

—Pueden hacerlo, y lo sabe, señor. Usted lo sabe. No, no creo que sea la solución.

—¿La solución de qué? —preguntó una voz desde la puerta.

Melvyn acababa de llegar. Ninguno de ellos lo había oído entrar.

CAPÍTULO IV

Del avión descendieron cinco hombres. Aunque durante todo el vuelo no habían cambiado ni una sola palabra, resultaban curiosamente parecidos entre ellos. Trajes neutros, carteras en las manos y sombreros.

Cualquiera los hubiera tomado por un grupo de ejecutivos activos y dinámicos.

Pasaron la aduana sin «nada que declarar», recogieron sus equipajes y por distintos medios entraron en Londres. Y se alojaron en cinco hoteles distintos. Pero un instante después de estar cada uno en su habitación, ya uno de ellos había llamado a un teléfono de Park Lane.

—¿Miss Mintone?

—Soy yo.

—¿Cuándo podría verla? Me envía un conocido de usted.

—Ahora mismo. ¿Puede?

—Claro que sí. ¿Dónde?

Ella le dio las señas de un «*pub*» no lejos del hotel. Media hora más tarde, la joven entró. El hombre se puso en pie para recibirla.

La joven lo había visto varias veces, pero de una manera vaga, despachando asuntos con su padre. Era un hombre de unos cuarenta años, con el pelo esculpido a navaja y facciones borrosas.

—¿Bien, miss Mintone? —preguntó en voz baja.

Ella estuvo hablando durante unos instantes. El hombre la miraba fijamente.

—¿No toma notas? —preguntó Carolina.

—No, no es necesario. Ni conveniente.

—Pero ¿no olvidará lo que le he dicho?

—No, señorita.

—Bien, en ese caso...

—En ese caso, me pondré en contacto con usted muy pronto.

Para entonces ya sabrá algo.

—¿Les ha dicho mi padre que es preciso que todo esté terminado para dentro de cinco días?

—Por supuesto que sí, señorita. No debe preocuparse. Si no surgen dificultades de última hora, todo estará terminado antes de ese tiempo.

Ella se puso en pie.

—Adiós.

—Adiós, *miss* Mintone.

Ella volvió a su casa, y cogió el teléfono. Nadie respondió en el piso de Melvyn. Con un gesto de despecho, soltó el aparato, pensó durante unos instantes y luego pidió larga distancia.

—Hay una demora para su comunicación —dijo la operadora—. Al parecer, la nevada ha producido algunos desperfectos en la línea. Le llamaré dentro de dos horas.

Eran las cinco de la tarde. A las siete, y mientras ella leía una novela sin enterarse de lo que sucedía en sus páginas, el teléfono sonó.

—Su comunicación.

Una voz le preguntó lo que quería. Una voz cascada.

—Quiero hablar con el capitán Llewelyn.

—El capitán no se encuentra en la casa en este momento, señora. ¿Desea algún recado para él?

—Ninguno —dijo ella desechada—. O, mejor, sí. Dígame que ha llamado *miss* Mintone, y que haga el favor de ponerse en comunicación conmigo.

—Lo haré, señorita. Oh, en este momento llega el capitán.

Hasta Carolina llegaron las voces lejanas de varias personas. Una de ellas le pareció la de Melvyn y la otra la de una mujer. *Una* punzada de celos la alcanzó.

La voz de Melvyn.

—¿Sí? ¿Carolina? ¿Ocurre algo?

—¡No ocurre nada! Me dijiste que me llamarías.

—¿Te lo dije..., Carolina? ¿De veras?

—¡Naturalmente que sí! Lo has olvidado sin duda porque lo estás pasando muy bien.

—¿Tú crees, verdaderamente? Mi abuelo está enfermo. No tengo la impresión de «estar pasándolo» particularmente bien.

Una voz, cerca del auricular, dijo algo acerca de que quién llamaba a aquellas horas.

—Supongo que estarás con esa condenada chica —dijo Carolina en voz innecesariamente alta.

—No comprendo lo que quieres decir. Pero me parece que estás un poco nerviosa.

—¡Un cuerno estoy! Tú ahí, divirtiéndote, mientras yo intento sacarte de tu lío.

Esta vez la voz de Melvyn sonó positivamente fría, helada casi.

—No entiendo lo que quieres decir, Carolina. Y no creo que quieras explicarlo por teléfono, ¿verdad?

—¡Escucha, Mel! Tengo que verte.

—¿Ahora? ¡Imposible!

—¿Vendrás el lunes?

—Lo intentaré. Pero lo más probable es que sea el martes cuando vuelva a Londres.

—Mel..., te aseguro que estoy haciendo todo lo posible, pero pensar que estás ahí, con esa horrible campesina que...

¡Clic!

Habían cortado.

Carolina contempló el teléfono con aire incrédulo. Luego, lo colgó con un golpe tan fuerte que la baquelita se cascó.

Paseó por la habitación como una fiera enjaulada. El maldito orgullo de aquel oficial de opereta... Bueno, no exactamente de opereta, pero con sus...

No encontraba las palabras, ni siquiera mentalmente. Cogió el abrigo de pieles, se lo echó por encima de los hombros y salió del hotel.

Míster Held reinaba, sudoroso, sobre un montón de papeles y sobre sus teléfonos. Estaba recibiendo continuamente noticias sobre las carreras del sábado. Su mano izquierda escribía febrilmente, anotando resultados, apuestas y ganancias. La cosa no se presentaba nada mal. Se había corrido en varios campos del Sur, en los cuales la nieve no había llegado y los resultados parecían francamente buenos.

El boxeador asomó la cabeza.

—Hay alguien que quiere verlo, míster Held.

—¿Sí? ¿Quién es?

—No lo sé. Me ha dicho que debería usted recibirlo.

—Bueno, maldición, que pase.

Un hombre que llevaba una cartera en la mano entró en el despacho.

—¿Sí? —preguntó Held.

—¿Míster Held?

—Yo soy, yo soy. Estoy muy ocupado. Diga lo que quiere, aprisa, por favor.

—Sí, claro.

Held lo miró. Bien vestido, bien peinado, y con aire competente. Parecía un hombre de negocios.

—Seré breve.

Ahora Held descubrió el acento. Norteamericano o canadiense.

—Verá, míster Held. Tenemos entendido que tiene usted dificultades para el cobro de algunas cantidades que se le adeudan.

Held se echó a reír.

—Bueno, bueno, amigo. ¿Viene de alguna agencia para los cobros?

—Pues, en cierto modo, sí.

—Pues muchas gracias, pero no creo que los necesite. Suelo llevar yo mis propios asuntos.

—Lo supongo. Es la mejor manera de sacar rendimiento a los negocios. Pero este caso es un poco especial.

—¿Caso especial? Hábleme claro, ¿quiere?

—Se trata de cierto caballero que ha perdido una cantidad que no puede pagar.

—¿Caballero?

Held era cauto por inclinación y por profesión.

—¿No puede darme el nombre?

—Preferiría no pronunciarlo, pero se trata de un oficial.

Held entornó los ojillos.

—¿Bien? ¿Qué ocurre con ese oficial? En este momento no recuerdo...

—Creo que sí recuerda, aunque admito su discreción.

—Supongámoslo. ¿Qué hay con él?

—Ocurre que nosotros estamos también interesados en él.

—¿Sí? No comprendo. ¿Ustedes? ¿Quiénes son ustedes?

—Podemos dejar eso para otro momento, si no le importa.

Quisiéramos saber la cantidad exacta que le debe ese caballero.

—Escuche, míster...

—Smith.

«Tan falso el nombre como el tipo», pensó Held.

—Escuche, míster Smith, mis negocios los llevo yo. No me gusta hablar de ellos.

—No soy un inspector de impuestos sobre el juego.

Held frunció el ceño ligeramente. ¿Impuestos sobre el juego? Eso sonaba a norteamericano.

—Hable claro, ¿quiere?

El otro sonrió.

—Quisiéramos saber si podemos llegar a un arreglo con usted.

—¿Sobre... la deuda?

—Sí.

—¿Qué clase de arreglo?

—Verá.

El otro sacó un cigarro de su bolsillo y lo ofreció a Held. El apostador lo cogió con sospechas, pero era bueno, muy bueno, mejor que los que él solía fumar.

Smith encendió otro.

—Verá, míster Held. Si la cantidad no es muy importante, la pagaríamos nosotros y consideraríamos el asunto arreglado, ¿verdad?

—Pues...

Held estaba pensando furiosamente. Era un negociante, sí, pero también era un hombre con las debilidades de tal. El capitán Melvyn Llewelyn le había insultado y golpeado. Eso no estaba dispuesto a olvidarlo. Quería recuperar su dinero, pero también vengarse. Y pobre venganza sería la que permitiera que Melvyn encontrase un pagador y que continuase dedicado a su vida aristocrática y libre de preocupaciones.

—¿Viene usted de parte de su..., de algún pariente del caballero en cuestión?

—No, se trata de algo puramente de negocios.

—Pues no entiendo.

—No importa —dijo el otro siempre con la misma sonrisa franca, abierta, norteamericana—. El caso es, ¿cuánto le debe ese caballero?

No había mucho peligro en decirlo. Al fin y al cabo, Llewelyn estaba en sus manos.

—Cuatro mil.

El otro frunció ligeramente las cejas.

—¿Cuatro mil libras?

—¿Qué otra cosa podría ser? ¿Peniques? Libras, naturalmente.

—Parece una cantidad bastante elevada.

—Lo es, para mí.

—Bien. Al parecer, y discúlpeme si me equivoco, usted tiene dificultades para cobrar. Pues bien, nosotros nos haríamos cargo de la deuda.

—¿Sí?

—Sí, por supuesto. Aunque, naturalmente, con una cierta reducción en el total.

Held carraspeó.

—¿He entendido bien? ¿Quiere decir que no me pagarían toda la cantidad, sino sólo una parte?

—Exacto.

—¿Y... cuál sería esa reducción?

—Pues... cincuenta por ciento.

Held se incorporó.

—¿Usted sabe lo que dice? ¿Perder dos mil libras?

—Tenga en cuenta, míster Held, que puede usted perderlo todo.

—No, maldición. Lo cobraré todo. Sé la manera de hacerlo.

—¿Cuál, si me lo permite?

—Eso es cuenta mía. Lo siento. No hay caso.

—Yo... lo siento también. Y me gustaría que se mostrase usted un poco más comprensivo.

—¡No tengo por qué ser comprensivo con mi propio dinero! ¡No! Dígales a los que le envíen que no hago eso. ¡Ni soñando!

—¿Está seguro de que no piensa hacerlo?

—¡Pues claro que no! ¡Ni que estuviera loco!

El tono de Smith continuaba imperturbable.

—Y... ¿puede decirme qué manera de cobrar piensa utilizar?

—Eso es cuenta mía. Pero a ese tipo no le quedará más remedio que pagar si no quiere ver su nombre en... —Cerró la boca.

—Envuelto en un escándalo, ¿verdad?

—Bueno, eso es cuenta mía.

—Y tratándose de un oficial del ejército, eso sería muy malo para él, ¿no?

—Es cuenta mía, repito. Y lo siento, pero tengo mucho trabajo. Smith se puso en pie.

—Lo siento, míster Held. Verá. Esta noche, a las once, le llamaré a usted, para preguntarle si ha cambiado de opinión.

—¡Es usted tozudo! Amigo de Llewelyn, ¿eh?

Se le había escapado el nombre, pero en realidad importaba poco.

—Pues dígle a su amiguito que no conseguirá ni un penique de reducción de la deuda. ¡Ni uno solo, maldición! Se ha atrevido a ponerme las manos encima y le cobraré hasta el último *penny*. ¡Así aprenderá!

Smith no había perdido la calma.

—Míster Held, le llamaré a las once.

—¡Igual le dará! ¡Igualito! Métselo en la cabeza. ¡No lo conseguirá! Y, además, a las once ya no estoy en el despacho. —Lo haré, de todos modos, míster Held.

Recogió la cartera, esbozó un saludo y salió. Held se quedó mirando a la puerta cejijunto.

—¡Habrás desfachatez! Maldición, pero ¿qué se ha creído ese bastardo engreído? Pagará él o pagará su abuelo, pero pagará.

Por un momento se entretuvo en una idea que ya se le había ocurrido antes. Llewelyn pagaría, pero después... él tendría las manos libres. Una carta anónima al coronel... y Llewelyn se vería metido en un buen lío. Un hermoso lío, sí, señor.

Pero a las once en punto, el teléfono sonó.

No el teléfono de su oficina, sino el de su domicilio particular. Lo cogió. La voz de Smith, a la que reconoció enseguida, llegó hasta él:

—¿Míster Held?

—¿Usted? Pero ¿cómo diablos ha sabido dónde...?

—¿Dónde vive usted? Oh, no tiene importancia. El caso es que lo sé. Bien, míster Held, ¿ha pensado en lo que hemos hablado esta tarde?

—¡No! No he pensado en ello, porque nada tengo que pensar. ¿Es que no entiende usted el inglés?

—Sí, lo entiendo. Pero desearía que cambiase de opinión.

—Pues no he cambiado. Dígaselo así a...

—¿A quién?

—A quien lo envíe. A Llewelyn.

—Míster Held, le convendría pensarlo un poco mejor. No creo que ésa sea su última palabra.

—¡Pues lo es!

Held estaba rojo de indignación.

—¡Lo es y no cambiaré! Las cuatro mil o...

—Comprendo. Bien, creo que es usted un caballero muy testarudo, míster Held. Lamento no poder llegar a un acuerdo altamente satisfactorio para ambos.

—¡Para Llewelyn, querrá decir! ¡No para mí! Quiero mi dinero. Lo he sudado y lo quiero.

—Sí, claro. Bien, míster Held, buenas noches.

—¡Al diablo! Dígaselo a Llewelyn.

Colgaron. Resoplando, Held dejó el teléfono. Vivía solo, ya que era viudo y hacía sus comidas en una taberna cercana. Con un puñado de papeles en la mano, se tomó su última cerveza floja y se fue a la cama.

Mientras supervisaba sus notas, pensó en Smith.

—Maldito entrometido. Algún amiguito suyo, por supuesto. Pues bien, a estas horas ya le estará diciendo lo que...

Se quedó dormido poco después.

CAPÍTULO V

Carolina Mintone y el hombre que se hacía llamar Smith estaban hablando en un banco de Hyde Park. El frío era intenso y muy pocas personas cruzaban ante ellos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó ella.

—Perdone, *miss* Mintone, pero no quisiera hablar de ello. Sólo le diré que a Held no le quedarán más ganas de molestar al capitán.

—Eso es precisamente lo que quiero —dijo ella con los labios apretados. Smith había visto muchas veces aquella expresión, pero no en la cara de la muchacha, sino en la de su padre, al cual le recordaba mucho ahora.

—Pero quiero advertirle una cosa, señorita Mintone. Una vez que hayamos terminado, Held debe ser... puesto fuera de la circulación.

—¿Es necesario? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, por Supuesto. Ha pronunciado varias veces el nombre del capitán, asociándolo conmigo. Si el castigo no le alcanza personalmente, podría hablar con la policía. En ese caso, el capitán podría verse en dificultades, e incluso la policía inglesa podría relacionarle con usted... y con su padre. No les costaría mucho trabajo sacar conclusiones peligrosas.

—Ese hombre me tiene sin cuidado —dijo ella—. Lo que quiero es precisamente que deje de molestar.

—Comprendido. Bien, esta misma noche...

A las doce de la noche, los tres hombres estaban en el rellano de la escalera. Se dirigieron sin vacilar hacia la puerta de en medio. Uno de ellos accionó en la cerradura y la puerta se abrió.

Estaban en la oficina de Held.

Los hombres se movían sin hablar. Uno de ellos pasó al despacho del *book-maker* y comenzó a abrir los cajones.

Otro sacó una lata del bolsillo. De la lata, unas finas cintas de plástico.

El tercero miró a su alrededor. Vio un calorífero reflector y se dirigió hacia él inmediatamente. Hizo algo en las conexiones y luego lo puso sobre una silla, donde el segundo había colocado ya algunas de las cintas de plástico.

Había cintas también entre los archivadores y los libros de cuentas de Held.

Luego, esperaron al primero.

Éste, que terminaba de revisar los cajones y los ficheros, dijo:

—No están aquí. Y si están demasiado escondidos nos llevaría mucho tiempo encontrarlos.

Hizo un gesto.

—Vamos, pues.

El hombre que había hurgado en el calorífero, enchufó éste a la red. Al instante, se produjo un cortocircuito. Chispeó, brilló una lucecilla azul, y los plomos se fundieron. Quedaron en una completa oscuridad.

Una linterna se encendió al instante. A su luz, uno de los hombres acercó un encendedor al plástico y éste comenzó a arder como las antiguas películas de celuloide, produciendo un calor intolerable.

Luego, a las cintas de los archivadores. Un momento después se dirigieron hacia la salida, rápidamente. Cerraron de nuevo la puerta y bajaron las escaleras silenciosamente.

Cuando salieron por la puerta, el despacho estaba ya ardiendo. Llegaron a la entrada del vacío edificio de oficinas, montaron en un coche que esperaba un poco más allá y un momento después se perdieron entre la niebla, que comenzaba a levantarse del río.

Fue precisamente la niebla lo que impidió a alguien darse cuenta del incendio. Cuando desde la casa de enfrente vieron el resplandor de las llamas, avisaron a los bomberos. Para entonces la niebla era tan espesa que los coches tardaron más de media hora en poder alcanzar el lugar del incendio.

Dos pisos enteros del edificio estaban ya en llamas.

Held se enteró por la mañana en el boletín de la radio. Palideció como un muerto y cogió el gabán y se precipitó hacia su oficina. Pero la niebla era aún más espesa, por lo cual tardó bastante en

llegar. Esa misma niebla le impidió ver desde fuera los resultados del incendio. Un cordón de bomberos y de guardias impedía el paso.

—¡Mi oficina! En el tercer piso..., ¿qué...?

—Lo siento —dijo el policía—. El tercero y el cuarto han ardido por completo.

—Pero..., ¿no hay nada, no se ha salvado nada...?

—Muy poco —respondió el capataz de bomberos—. Las paredes. Aun está demasiado caliente como para entrar. Ya le avisaremos, míster. ¿Cómo se llama?

Dio su nombre y las señas de su domicilio.

—¿No se sabe cómo ha sido?

—No, aún no, pero estas casas viejas arden como yesca, maldición. Pero tengo la impresión de que ha sido en el piso tercero.

Held, con la muerte en el alma, entró en un bar para tomar un café. Todo su trabajo de tantos años, recibos, cuentas, libros, ficheros de clientes..., todo ello destruido por una estúpida fatalidad.

A mediodía pudieron entrar los bomberos. Uno de ellos habló con el capataz.

Held se aproximó a tiempo de oír las últimas palabras:

—Todo encharcado... En uno de los despachos hay un calorífero, y los fusibles estaban fundidos, no por el fuego, al parecer.

En su despacho había un calorífero. Held se alertó.

—Oiga, ¿eso ha sido en la parte central del piso? ¿En la puerta del medio?

—Así ha sido, señor.

El boxeador había llegado ya, llamado por Held. Se abrió paso. Su jefe se le quedó mirando con expresión tormentosa.

—Maldito seas, te dejaste el calorífero enchufado.

—¿Yo? No, señor Held.

—Estaba sobre una silla quemada —dijo el bombero.

—¿Sobre una silla? Yo no fui, señor Held. Mi palabra de honor que yo no fui. No habría hecho esa tontería en mi vida. Palabra que no lo hice.

Held lo cogió por el cuello, y un policía los separó rápidamente.

Held bramaba frases inconexas, entre las que predominaba la idea general de que iba a matar al otro.

Por fin se calmó algo. Para entonces, los bomberos ya habían podido encontrar más rastros. Y de todos ellos los llevaban al despacho de Held.

—Le juro por el alma de mi santa madre que yo no fui, señor Held. Siempre tengo mucho cuidado. No enciendo el calorífero como no sea absolutamente preciso, y no se me ocurriría nunca dejarlo en una silla.

Held tomaba su aguardiente en silencio. Miraba a su empleado, pero no lo veía.

—Le juro...

—Cállate.

El capataz de bomberos entró en el bar. Eran ya las doce.

—Oiga, míster, ¿tenían algo muy combustible en su despacho?

—Pues... papeles, sólo papeles.

—Algo más combustible. Películas, algo así.

—No, ni hablar de ello. No las necesito para mi trabajo.

—Parece como si hubiera habido algo así. Pero es difícil decirlo. Desde luego, la causa debió ser el calorífero que hizo cortocircuito y prendió la silla antes de que saltaran los fusibles. Algo así ha debido ocurrir. Bueno, los del seguro ya lo dirán.

—Gracias —dijo Held.

Se volvió al boxeador.

—Vámonos.

Estaba pensando furiosamente. Su despacho, el fuego había comenzado en su despacho. Precisamente ese día... Sentía una desagradable sensación de sudor en las manos, pese al frío reinante.

La niebla se espesaba cada vez más.

El campo de Gales estaba cubierto por la nieve. El lunes, los dos jóvenes, sentados en el tocón de un árbol, contemplaban el juego de las pajarillas de las nieves, de los gorrones, de los petirrojos y de los pinzones. La muchacha estaba echándoles miguitas de pan, que los pájaros se apresuraban a coger.

—Parecía enfadada, ¿eh? —preguntó Jeannette.

—¿Quién?

—Esa yanqui.

—Pues... yo diría que sí.

—¿Por qué no has ido a verla?

—Pues...

—¡No me respondas que crees que sí, o que *al parecer* es así! No lo soportaría.

—Pero ¿qué demonios te ocurre?

Ella se puso en pie.

Melvyn se puso repentinamente serio.

—Jean, espera un poco, no salgas corriendo como haces siempre cuando algo te molesta.

—¡Es que algo me molesta!

—¿Qué?

—Esa fulana.

—No es ninguna fulana. Es...

—¡Es una...! Bueno, que se vaya al diablo y vete tú también. Húndete en el juego, húndete con ella y que os parta un rayo a los dos.

Echó a correr. Melvyn la alcanzó en dos zancadas.

La sujetó. La joven era fuerte y peleó bien. Le alcanzó con una patada en la espinilla.

Por fin, jadeando, se quedó quieta.

—Escucha, Jean, estos dos días me han servido para una cosa.

—Para...

Las caras estaban muy juntas. El hermoso semblante de la muchacha, con su cabello castaño, su piel fina, que el sol del verano había tostado, y sus ojos intensamente azules, era encantador.

—Jean...

—¿Qué?

—Jean, me han servido para darme cuenta de que he sido el burro más burro de todos los asnos que comen paja.

—Bueno, ¿qué demonios estás maquinando ahora, Melvyn Llewelyn?

—Estoy maquinando..., nada. Quería decirte solamente que te quiero.

—¡Eso es una novedad, capitán!

—Bueno, lo es para mí, al menos. No se puede crecer junto a una chica sin que pensemos en ella más como una hermana que como algo más profundo, ¿no?

—¡No lo sé! No he crecido junto a ninguna muchacha.

—Pero sí junto a mí. Bueno, estoy enamorado de ti y no hay que darle vueltas.

Ella le apoyó las manos en el pecho y lo separó de sí.

—Escucha, Mel, hay que darle vueltas aunque tú no lo creas. Ni siquiera me has preguntado si te quiero yo.

—Oh... bueno, ¿me quieres?

—¡Cállate!

—¿Cómo voy a enterarme entonces?

Ella lo miró profundamente.

—Mel, soy una campesina.

—Eso no es un delito en Inglaterra.

—Cállate. No he estudiado. Me atraía más la granja que estudiar Medicina o alguna otra cosa. Pero no por eso soy una tonta.

—No todos los que no son médicos son tontos, Jean.

—Oh, maldición, ¿te callarás? Lo que quiero decir es que no me casaría con un hombre cuyo único interés en la vida, aparte de su profesión, parece ser el de apostar a los caballos perdedores...

—Oh, algunas veces no pierden. Desgraciadamente, son pocas.

—... Y perseguir a las mujeres.

—Oh... Debo decir en mi descargo que algunas me persiguieron a mí. Debe ser el uniforme, que las atrae.

Ella estaba enfureciéndose de nuevo. Procuró controlarse. Melvyn sentía a su lado el calor del cuerpo de la muchacha, veía sus caderas redondas, que los pantalones ceñían voluptuosamente, el subir y el bajar del alto seno... Estaba muy bella.

—Jean, te quiero. Eso no hay manera de cambiarlo.

—Y tampoco hay manera de cambiarte a ti.

—No diría yo tanto. Una mujer como tú sería capaz de cambiar a...

—No quiero pasarme la vida tratando de que un hombre deje de jugar, y huyendo de los hipódromos cuando él tiene ganas de meterse de cabeza en uno. No. No soy de esas.

Melvyn lanzó un suspiro.

—Bueno, ya lo veo. Supongo que tienes razón.

—¡La tengo!

—En ese caso...

—¿Qué?

—Nada. Una hermosa ilusión que se desvanece.

Ella pareció decepcionada.

—Pero ¿es que no piensas luchar contra ello?

—¿Cómo, querida? Ya has dicho que no podría cambiar y como siempre tienes razón...

—Me gustaría ser un hombre para poder darte la paliza más grande de toda tu vida. Eso es lo que me gustaría hacer.

—Jean...

—Bueno, ¿qué hay ahora?

Le había vuelto la espalda.

—Jean, te amo. Mañana me marcharé de nuevo a Londres. Pero quiero que sepas que te amo.

—Vete con esa maldita yanqui.

—No voy a volver con ella. Le diré que estoy enamorado de la muchacha más bonita de todo Gales, Inglaterra y el norte de Irlanda. Y tendrá que creerme, porque pienso decirle la verdad.

Jeannette se volvió.

—¿Y si no quiere perderte?

—Tendrá que perderme. Eso es todo.

Sonrió contagiosamente.

—Vamos, vamos, Jean, ¿es que no puedes creerme al mirarte en mis hermosos ojos célticos?

—¡Vete al diablo!

Echaron a andar. Melvyn pasó un brazo por la cintura de la muchacha.

—Invítame a una taza de té. Aunque estés sola.

—No tengo ganas...

De pronto se echó a reír.

—Melvyn, Melvyn, ¿no has acabado de crecer aún?

—Mido seis pies dos pulgadas, creo que ya es bastante. Al menos, para los Guardias.

—Tienes la mentalidad de un crío de quince años.

El levantó una ceja.

—¿Tú crees?

—Sí. No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra.

—Por el momento sólo soy el último conde de Penzance. Qué digo: el último futuro conde de Penzance. No querrás que desaparezca una estirpe que se remonta a Ricardo Corazón de León

y a Godofredo Cara de Pato.

—Te diré dónde pueden irse tus antepasados.

—No lo hagas. Ya lo hicieron ellos por su cuenta.

Mientras tomaban el té oyeron los boletines meteorológicos. Niebla en Londres y su entorno. El tráfico casi paralizado.

—Debo volver, si no quiero verme envuelto en un expediente por desertión —opinó Melvyn.

Una casa había ardido en Hammersmith. Se había quemado por completo el despacho de un corredor de apuestas...

—Lástima no ardieran todos con los apostadores dentro —dijo Jean.

—... Cuyo nombre era Held...

Melvyn levantó la mirada para fijarla en el aparato de radio.

Afortunadamente no había habido víctimas...

Melvyn sorbió su té, cogiendo distraídamente algunas galletas.

Luego se volvió y vio a la muchacha mirándolo fijamente. Fue hacia ella y la abrazó estrechamente. Ella no resistió.

—Querida, creo que estamos solos, ¿verdad?

—De sobras sabes que sí, grandísimo sinvergüenza. Pero mis hermanos pueden volver... de un... momento... a... otro... ¡No me respetas, Melvyn!

—No, en efecto. No hay quien pueda respetarte con esos ojos, y ese cuello y ése... Las fuerzas de ella huían rápidamente. Sintió las grandes manos del hombre en su cintura, los labios que buscaban el nacimiento de su pelo...

Haciendo un considerable esfuerzo sobre sí misma, temblorosa, lo rechazó.

—Más tarde, Mel. No ahora, por favor. Espera a que me haga a la idea...

—Mañana tengo que marcharme.

—Pero volverás, ¿no?

—Claro que sí.

—Pues entonces te estaré esperando. Y deshazte de esa mujer y de todo lo que...

—Lo haré.

Se besaron, esta vez con más serenidad. Un poco más de serenidad, al menos.

CAPÍTULO VI

Held había vuelto a su casa. Se sirvió una *guiness* fuerte y la bebió de un trago. Luego, se tomó el pulso. Estaba alterado.

—Por Dios —dijo—. No puede ser. No se hubieran atrevido jamás a hacer una cosa así.

Tenía miedo, pero también estaba indignado. Bebió otra cerveza. La mano con la que cogió el vaso estaba temblorosa.

—Se lo diré a la policía. Se lo diré todo.

Nunca le habían gustado los policías, aunque pagaba sus impuestos. Pero nunca se sabe. Siempre pueden crear problemas. Lo mejor es apartarse de ellos. Pero en este caso...

—Si han sido ellos, lo van a sentir.

Procuró recordar lo que sabía de Smith. Un hombre alto, norteamericano seguramente, o canadiense, con aspecto de hombres de negocios, pero que probablemente era un amigo del capitán Llewelyn. ¿Amigo?

Se decidió bruscamente. Llamaría a la policía y se lo diría todo.

Iba a coger el auricular, cuando éste comenzó a campanillear. El sonido fue tan inesperado, que dio un salto, aterrado.

Luego lo cogió.

—Éste... Held al habla.

—Míster Held —dijo una voz, y la reconoció al instante—. Quisiéramos hablar de nuevo con usted.

—Usted...

—Sí, Smith al habla, señor Held. Me gustaría tener una entrevista con usted. Tal vez entonces llegaríamos a un acuerdo...

—¡No quiero acuerdos de ninguna clase! Lo que voy a hacer es...

La voz de Smith se hizo más suave aún:

—Míster Held, ¿ha perdido usted mucho con el incendio de su despacho?

Held se quedó sin habla durante unos instantes.

—¿Qué está diciendo? ¿Cómo sabe...?

—Oh, leo los periódicos. Míster Held, creo firmemente que debería aceptar nuestra proposición.

—Usted..., ¡usted fue quien incendió mi despacho!

—¿Yo?

Hubo una risita.

—Usted está loco, míster Held. No entiendo los negocios con nadie incendiándole el despacho. ¿No lo ve así?

Held podía captar el tono del otro. No era el de un hombre acusado injustamente. No, era el de alguien que niega una cosa sin convicción. Sintió un estremecimiento.

—¿Sabe lo que voy a hacer? Voy a avisar ahora mismo a la policía y al coronel del regimiento de la Guardia Galesa. ¡Ahora mismo! ¿Y sabe una cosa? Tengo los pagarés del capitán. Esas cosas no las guardo en mi oficina, así que ya puede ir su amigo buscando otro pesebre, porque...

Pero míster Held... Usted no se aviene a razones. Si sigue excitándose así, podría darle un ataque.

—Maldito, ¿me está amenazando?

—Por supuesto que no. Le prevengo solamente de lo que le puede ocurrir...

Luego, la voz de Smith cambió:

—Held, no haga tonterías.

—¡Váyase al infierno! Y dígale a su amiguito, el capitán, lo que le he explicado. Clic.

Habían cortado.

Se limpió el sudor de la frente. Vaya si lo haría. Hay leyes en Inglaterra, y jueces que las hacen cumplir. Vaya si lo haría.

Sintió el timbre de la puerta. El boxeador, seguramente.

Tomó una nueva cerveza y fue a abrir. Retrocedió dos pasos, aún no aterrado, pero sí sorprendido.

Había tres hombres en el umbral.

—Adentro —dijo uno de ellos—. Vamos, adentro.

Lo empujaron tan fuertemente que cayó al suelo.

Y entonces lo comprendió todo. Lo comprendió al ver que era la cara del propio Smith el que lo contemplaba.

—Idiota —dijo Smith.

Y vio también lo que tenía en la mano. Una pistola chata y fea.

—Los pagarés del capitán —dijo Smith.

—Yo... no los tengo aquí.

—Está mintiendo. Si quiere estar vivo dentro de... —Miró el reloj de pulsera— tres minutos me va a entregar los pagarés.

—¡Esto es un robo!

—Sí. Los segundos van pasando, Held.

Éste se puso en pie, flanqueado por los otros dos hombres. Se dirigió a la habitación en que tenía su escritorio, y buscó en una mesa. Sentía el miedo y la ira batirle las sienes. Pero la cara de Smith era mortalmente fría.

—Esperábamos que el incendio de su oficina hubiera puesto un poco más de razón en su cabeza, pero no fue así —dijo Smith—. Lo siento. Le dimos su oportunidad y no la supo aprovechar.

Los dedos de Held tropezaron con un paquete atado con una goma. Lo sacó. —Están... aquí— dijo.

—Búsquelos.

Lo hizo. Cuando los encontró, los entregó a Smith. Éste los contempló durante un instante y luego se los guardó.

—Guarde los demás. No me interesan —dijo.

Held lo hizo.

Una vez que hubo guardado en el cajón los pagarés, se quedó mirando a Smith.

Éste hizo una seña relampagueante. Uno de sus hombres sacó dos botellas de *whisky* de su cartera.

—Bien, míster Held, se ha portado usted muy bien. Esto merece un trago.

No tengo ganas de beber, pero sepan que esto que han hecho...

—Vamos, vamos, míster Held, usted beberá un vaso con nosotros.

Uno de sus hombres trajo un vaso de la cocina, con sus manos enguantadas. Lo puso en la de Held.

Smith le llenó el vaso.

—Beba.

—Le he dicho que...

—Beba.

Lo bebió.

—Otro.

—Oiga, nunca bebo tanto *whisky*. Simplemente, me sienta mal.

—Beba.

Tenía unos ojos tan fríos, tan helados, que Held bebió. Sintió un gran calor subirle al rostro.

—Otro vasito, míster Held.

—No, ahora sí que no...

Uno de los hombres se le había colocado detrás. Le cogió brutalmente la cabeza.

—Vamos, beba, si no quiere que le rompa el cuello.

El tercer vaso.

Y un cuarto.

El quinto le siguió.

¿Cuánto tiempo habría pasado? Held no lo sabía. Comenzó a sentirse mal. Tenía ganas de devolver, pero aquellos malditos...

Otro más. Sintió que la cabeza le daba vueltas. Una quemazón insoportable le subía desde el estómago. El corazón le latía fuertemente.

Otro más.

Held aulló algo, e intentó desprenderse de aquellas garras que lo atenazaban.

—Soltadlo.

Lo soltaron. Held intentó alcanzar la puerta, pero tropezó y cayó al suelo, jadeando.

—Vamos, al dormitorio.

Lo cogieron entre dos y lo llevaron al dormitorio. Lo desnudaron en un momento y lo tendieron en el lecho, después de ponerle el pijama.

Held jadeaba penosamente. Uno de ellos le abrió la boca y le volcó más *whisky* en ella.

Luego trajeron el vaso y lo dejaron sobre la mesa de noche, junto con la botella.

Y entonces, uno de los hombres cogió, la almohada.

—Ya —dijo Smith.

La almohada se apoyó sobre la cara de Held. Al cabo de un momento, éste perneó tratando de conseguir aire para sus pulmones, pero la espuma de goma envuelta en la tela se lo impedía.

Tardó en morir casi cinco minutos.

Le quitaron la almohada y Smith le colocó el oído sobre el corazón. Había dejado de latir.

Le volcaron un poco de *whisky* sobre el pijama. Luego miraron a su alrededor.

—Todo en orden —dijo—. Vámonos.

—Los médicos no se darán cuenta, ¿no? —preguntó uno de sus hombres.

—Oh, claro que sí. Ellos saben cuándo un tipo ha muerto de un ataque al corazón. Pero los equivocará algún tiempo. O creerán cualquier otra cosa. Eso no nos importa.

Salieron de la casa silenciosamente. Uno de ellos hurgó en la cerradura y logró cerrarla.

La niebla era espesísima.

Caminaron hasta su automóvil y lenta, muy lentamente, comenzaron a alejarse.

—Sí, *miss* Mintone, ese tipo no volverá a molestar a su capitán.

—¿Qué..., qué le hicieron?

—Oh, nada, lea los periódicos mañana.

—¿Qué van a hacer ustedes?

—Esperar a que abran el aeropuerto. ¿Duran mucho estas nieblas aquí?

—Algunas veces, varios días.

—Hum... lo siento. Queríamos marcharnos cuanto antes. Bien, espero que haya usted quedado contenta, *miss* Mintone.

—Por supuesto. Así se lo diré a mi padre.

—Gracias.

Habían estado hablando en una taberna del Soho, donde la muchacha no había estado nunca antes. Smith terminó su *whisky*, miró el vaso y sonrió.

—Bien, creo que eso es todo. En cuanto se levante la niebla, nos marcharemos.

—Es lo mejor. Hasta la vista.

—Hasta la vista, *miss* Mintone.

Carolina emprendió el regreso a su casa, en un taxi que rodaba a una velocidad algo superior a la de un galápago. Ya en el hotel, pidió larga distancia con Gales.

Le costó dos horas de espera, mientras se consumía de

impaciencia. Algo le iba a decir a aquel presumido oficial de opereta —oh, había que reconocer que no precisamente de opereta quizá sólo el traje—, pero algo le iba a decir, seguro. Era martes y ya debía haber vuelto.

La voz cascada del mayordomo le preguntó lo que deseaba.

—Quiero hablar con el capitán Llewelyn, y haga el favor de darse prisa, hombre. —Sí, sí, señorita.

Pero no se la dio.

Llewelyn, el conde de Penzance y *miss* Jeannette Smith-Orwell estaban en ese momento tomando un oporto. La muchacha se había quitado los pantalones y llevaba un vestido de lana azul claro, con una faja de seda blanca en la cintura. Estaba muy bella y positivamente turbadora.

—Así que la situación es ésta, mocoso: no hay dinero. Pero hay que resolver lo de tu deuda.

Melvyn lanzó una oblicua mirada a Jeannette.

—Éste, bueno ya resolveremos eso.

—Y debes dejar de jugar por algún tiempo, naturalmente.

—Naturalmente. Haré algo mejor que eso: dejaré de jugar definitivamente.

El viejo le miró con aspecto de halcón.

—¿Estás enfermo? No te pido milagros, muchacho. Sólo moderación.

—De todas formas, he decidido dejarlo. Definitivamente.

La mirada de ave de presa fue hacia la muchacha. Ésta bebía su oporto con expresión inocente.

—Creo que tu mano no anda lejos de todo eso, muchacha.

—No, señor.

—¿Dejarás que te diga una mujer lo que has de hacer, muchacho?

—Sí, señor, si la mujer es Jean.

—Creo que tienes razón. Sí, es posible que sí.

Hizo una pausa.

—Anoche oí al barón. ¿Tú no?

—No, señor. No lo oí. ¿Cuándo lo sentiste?

—Serían las tres de la mañana. Me levanté, pero ya no lo encontré. Debería haber estado en el ala norte, pero allí no estaba.

Los dos jóvenes lo contemplaban con atención. El viejo conde movió la cabeza.

—Debe estar muy viejo ya —dijo Melvyn.

—No hables así. No lo tomes a broma. Quería decirme algo, sin duda alguna.

—¿Por qué no lo pondría por escrito? Creo que en otras ocasiones acostumbraba a dejar mensajes.

El viejo lord Penzance no estaba dispuesto a tolerar bromas acerca del fantasma de su antepasado, el segundo barón de Rossllaner. Durante muchos años se había paseado por las habitaciones de la mansión, aterrorizando a los servidores y advirtiéndoles a los dueños de posibles desgracias.

—Guarda tus sarcasmos, mocoso. Seguramente hay algo malo en el aire. Y ahora, creo que me voy a dormir. Ya va siendo hora.

—Buenas noches y que consigas entablar una buena charla con el barón.

En ese momento John anunció que le llamaban al teléfono. La misma voz de la señorita de la noche anterior.

—Tráigame mi abrigo y mis chanclos, John —dijo inmediatamente Jean con la cara tormentosa.

—Espera un poco —respondió Melvyn—. Me voy a librar de ella en un momento.

Cogió el teléfono, que estaba en el *hall*.

¿Mel? Bueno, ¿no piensas venir?

—Claro que sí, pero los boletines meteorológicos me lo impidieron. ¿A qué tanta prisa, querida?

—Tengo algo que decirte.

—Bueno, ¿a qué esperas? Soy todo oídos, aun cuando en realidad tengo muy poco tiempo disponible.

Oyó la entrecortada respiración de la americana.

—Escucha, *boy*, ¿te das cuenta de que me estás tratando como si fuese una chica negra?

—¿Yo? Carolina, creo que...

—¡Escúchame! Después de todo lo que he hecho por ti, a mí no me vas a tratar como si fuera una de tus malditas criadas campesinas.

—Perdón, no creo haber entendido muy bien. ¿Que después de todo lo que has hecho por mí? No logro entenderlo bien. ¿Qué es lo

que crees que has hecho por mí?

—¡Librarte de ese maldito apostador!

—¿Librarme...?

Carolina acababa de darse cuenta de lo que había dicho.

—Quiero decir, que he hecho lo posible...

—Carolina, ¿quieres explicarme lo que quieres decir de una vez, y sin ambajes?

—No puedo hacerlo ahora. ¿Vas a venir mañana, sí o no?

—Iré, si el tiempo lo permite. Y creo que tendrás que explicarme alguna cosa. Colgó rápidamente y volvió al salón. Jean estaba sola en él.

—¿Acabaste ya?

—Sí.

—Bueno, me marchó.

—Te acompaño.

—No es necesario...

—¡He dicho que te acompaño!

La voz de Melvyn se parecía mucho a cuando ordenaba a su sargento mayor alguna cosa relativa al servicio. Jean se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno, vamos. Pero...

—Vamos. No tienes nada que temer. Tus hermanos ya están en casa.

—¡No temo a nada...!

—¿Vamos?

No había nada más que decir, al parecer. Ella se puso la capa y los chanclos y salieron de la casa.

CAPÍTULO VII

La niebla se había levantado algo, pero los boletines meteorológicos anunciaban que aquella situación no duraría demasiado. Volvería el *smog*, la niebla sulfurosa que obligaba a los guardias a llevar mascarillas contra gases y que embolsaba en casa a los enfermos de las vías respiratorias.

Melvyn tenía servicio ese día. Hizo el relevo de la guardia, esta vez sin apenas turistas ni curiosos para verlo, y se metió en rutina de la guardia hasta el mediodía siguiente.

Pero durante la guardia tuvo tiempo de echar una ojeada al periódico. Por él se enteró de que mister Held, apostador profesional, *book-maker*, había muerto en su domicilio, víctima al parecer de un ataque alcohólico. Se hablaba de que la pérdida de su oficina en un incendio podía haberle llevado a emborracharse y había perdido la vida durante su embriaguez.

¿Oficina incendiada? ¿Muerte por un coma alcohólico? Melvyn estaba aturdido cuando Félix Smith-Orwell, el hermano de Jeannette, entró en el cuarto de guardia para ponerse el uniforme encarnado.

—¿Cómo va todo por el pueblo? —preguntó.

—Bien. Éste...

—¿El conde?

—Pues..., tal vez algo mejor.

—Oh, no necesitas engañarme, muchacho. Mi hermana me escribió diciéndome que no me creyera lo que decían los periódicos. A propósito. ¿Has visto a Jean?

—Por supuesto.

—Por supuesto, sí.

Félix era una pulgada más alto que Melvyn. Tenía amplísimos hombros y estrechez de cintura. Su cabello era rojizo y su cara pecosa. Había jugado al *rugby* en el equipo *amateur* de Gales y

había alcanzado la internacionalidad en un memorable momento contra la selección francesa, en el cual había tenido varios intentos y una conversión.

—Muchacho...

—Mira, deja de llamarme muchacho con ese tono, ¿quieres? Toma, lee esto...

—Hum...

Félix lo leyó. Alzó una ceja.

—¿Es ése tu *book-maker*?

—El mismo.

—Bueno, sólo puedo decirte que me alegro. Oh, no de que haya muerto ese desagradable individuo, sino que me alegro de que no tengas que hacer frente a la deuda... Bueno, creo que me entiendes.

Melvyn se puso en pie.

—Las deudas de juego deben ser sagradas. Parece que se va perdiendo la honorabilidad británica.

Félix hizo un ruido muy feo con la boca.

Eso, por la honorabilidad británica, muchacho. ¿O es que piensas buscar a los herederos de ese tipo para pagarles?

—Por supuesto que no.

—Pues a lo que estamos. El coronel quiere vemos a todos los oficiales. Parece ser que la reina quiere pasarnos revista con motivo de alguna visita de algún no sé quién. Y el príncipe Carlos, también.

Hizo una pausa.

—En cuanto a Jean...

—Tu hermana y yo nos hemos prometido.

—Hombre... He oído algo acerca de que la bigamia está prohibida. Y en mi familia no están vistos con buenos ojos los fulanos que cortejan a las chicas teniendo cuentas pendientes con otras.

—Vete al diablo... y vamos a ver al Bwuana. Tengo que hacer.

A las cinco logró comunicar con Carolina. Ésta parecía ya un tanto frenética.

—¡Ya era hora! Quiero verte y...

—De acuerdo. Nos veremos en Sbirro.

—¿Y tus apuros económicos?

—Déjalos aparte, ¿quieres? Tengo que hablar contigo.

La niebla había vuelto a caer con toda su fuerza. Le costó dos

horas llegar hasta el restaurante. Carolina estaba ya allí, disputando con un camarero sobre que los martinis estaban flojos.

Desde lejos, Melvyn la contempló. Era muy bella y deseable, pero tenía las costumbres de un cosaco. El dinero del padre, seguramente, pensó vagamente. O tal vez las costumbres americanas. O tal vez las costumbres americanas de los italo-americanos.

Vaya usted a saber.

Se acercó. Ella lo contempló tormentosamente.

—Bueno, ya estás aquí.

—Inteligente deducción.

—Déjate de payasadas. Quiero hablar contigo.

—Me has leído el pensamiento. Yo también.

Se sentó y, para paliar la poca educación de Carolina, se mostró más amable con el *chef* de Sbirro que normalmente.

Pidió *pizza*, marsala y ensalada de pepinos. Ella había encargado ya pasta con carne picada.

—Bien, querida, ¿puedes decirme ahora qué es lo que quisiste insinuar con que me habías librado de mi apostador?

—Pues que... llegué a una transacción con él.

—¿Tú en persona?

—Yo, sí.

Melvyn la contempló fijamente.

—¿Quieres decir que fuiste a verlo?

—Pues... en realidad encargué el trabajo a otra persona. Ella lo vio y llegaron a un acuerdo. Cincuenta por ciento. Dos mil libras.

Melvyn miró su empanada y luego bebió un sorbo del vino.

¿Dos mil? ¿No hay alguna equivocación en eso? Eran tres mil quinientas.

—El dijo cuatro mil.

—Una mentira infecta, por supuesto. Supongo que Held quería exprimir el limón. Bien, eso era cosa suya. Así que le pagaste dos mil libras.

—Eso hice, sí —anunció ella desafiante—. ¿Qué ocurre? ¿No te parece bien? En mi familia acostumbramos a ayudarnos unos a otros.

—En tu familia, sí. Espíritu de cuerpo y todo eso.

La unión familiar. Por cierto, ¿tu padre procedía del sur de

Italia?

—De Palermo, pero ¿qué rayos importa eso?

—Nada, nada, por supuesto. Debió hacer mucho dinero.

—Lo hizo, negocios. Por Dios, me estás sacando de quicio. ¿Qué tiene que ver mi padre con...?

—¿Qué clase de negocios?

—Pues... negocios. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿El espíritu de unión familiar no llega hasta a preocuparse de dónde sale el dinero que alimenta al clan?

—¡Déjame en paz! Mi padre trabaja, trabaja duro y saca dinero. El de dónde salga éste no te importa a ti ni a mí.

—Ya.

Hubo una pausa.

—Bien. Voy a decirte un par de cosas.

—Primero, yo...

—Un momento, querida. No me gusta interrumpir a una dama, pero lo voy a hacer ahora.

—Bajo tu bonito uniforme y bajo tu caparazón de aristócrata hay una buena reserva de grosería.

—Voy de paisano y no me importan tus alusiones a mi nacimiento. Bien, la cosa es: ¿quién te ha mandado meterte en mis asuntos?

Ella lo miró. Bajo la capa de afeitado, palideció densamente.

—¿Sabes lo que estás diciendo, acaso?

—No, pero lo voy a decir de todas formas. ¿Quién te ha dicho que podías meterte en mis asuntos?

Carolina entornó los ojos, hasta convertirlos en dos rendijas. La peculiar disposición de los párpados, ligeramente rasgados hacia las sienes, le daba cierto parecido arqueológico con una egipcia.

—Simplemente, Mel, no sabes lo que dices. Tú estabas en un apuro, ¿no? Pues he procurado sacarte de él. Te he sacado de él, en realidad. ¿Qué es lo que tienes que decir a eso?

—Un par de cosas. En primer lugar, que de mis apuros salgo yo solo. En segundo lugar, que no me gusta que me prohíje nadie.

La copa que tenía en la mano se partió a la presión de los dedos de Carolina.

—¿Ése es tu agradecimiento?

—Ésa es mi manera de ver las cosas. Por supuesto, te

reembolsaré las dos mil libras tan pronto como pueda.

¡Vete al diablo tú y tus promesas caballerosas! ¿Lo oyes? ¡Vete al diablo!

—Hablemos de eso también. Carolina, últimamente hemos llegado a una situación bastante... desagradable.

—¡Me lo dices a mí!

—No grites, por favor.

—Gritaré tanto como quiera.

—Bien, pero espera a hacerlo en la soledad del hotel. No en un lugar en que nos conocen.

Ella cerró los ojos, tratando de controlarse.

Los abrió.

—Escucha, condenado... Puedes guardarte tus dos mil libras. No las necesito.

—Por cierto, he leído que ese tipo ha muerto.

Ella le lanzó una mirada oblicua.

—¿Tú, no? —Sí.

—Después de que había ardido su oficina. Estuve en ella. Un tugurio, en verdad. Pobre desgraciado.

Carolina golpeó la mesa. Un camarero se había precipitado a cambiarle la copa.

—Ese desgraciado te iba a... ¡Oh, bueno, vamos a dejarlo! En cuanto al dinero... Ya te he dicho: puedes guardártelo.

Melvyn carraspeó.

—Carolina, lamento decirte una cosa.

—¿Qué?

—Estoy comprometido.

Hubo un silencio.

—¿He comprendido bien? —preguntó ella rasposamente.

—Sí.

—¿Con... esa campesina?

—Con esa campesina.

—Una novedad. Supongo que no querrás que la celebremos con champaña.

—No. Lo celebramos ya, Carolina; lo nuestro fue excelente, magnífico, mientras duró, pero...

—Pero esa palurda te ha pescado en sus redes.

—Es una manera muy poco verídica de referirse a una excelente,

magnífica campesina galesa. De la cual, por otra parte, estoy enamorado. Ella se había cogido al borde de la mesa con ambas manos.

—¿Enamorado? Bien, eso es nuevo. Supongo que te habrás enamorado estos días. —Pues... lo he descubierto estos días. Probablemente estaba enamorado antes ya, pero lo ignoraba.

Carolina le miró con pupilas llameantes.

Luego, en voz baja, sorda, pero rabiosamente intensa:

—¿Te vas a casar con ella?

—Sí, Carolina. Lo siento.

—Más lo vas a sentir.

¿Qué quieres decir?

—Que lo vas a sentir. A mí no me haces una cosa así. A mí no me dejas por una palurda cualquiera, por una prostituta galesa.

—Carolina, estás marchando a paso de carga. Mejor lo dejas, ¿quieres?

—¡No quiero! Ya te he escuchado. Ahora me escucharás a mí.

Carolina estaba, como hubiera dicho algún crítico teatral, «magnífica». Le brillaban sus espléndidos ojos negros y sus dientes, iguales, blancos, perfectos.

—Te he quitado de en medio a ese tipo que te acosaba. Ello me ha costado no dinero, sino... algo que tú no sabes. Algo peligroso, algo de lo que tú, pobre envanecido «bien criado», «de buena familia», no puedes ni imaginarte. Te lo he quitado de en medio, y todo, ¿para qué? Para que me vengas ahora diciendo que de quien estás enamorado es de una puerca guardavacas. Pues no vas a poder disfrutarla en su cama con olor a estiércol. ¿Lo oyes?

Melvyn le cogió la muñeca.

—Cállate, ¿quieres? No sabes lo que dices.

—Lo vas a saber tú, soldadito de plomo. Hombres que valen mucho más que tú darían un brazo por poder llegar conmigo a lo que has llegado tú. Sí, muchos. Pero ¿sabes lo que te digo? Que lleves cuidado. Que no vas a quedarte así, tan tranquilo. Que alguien te va a hacer pagar lo que tú has hecho. Y que... tus pagarés los tengo yo. Y que vas a tener que venir a pedírmelos de rodillas para que te los devuelva y que yo te voy a dar en la boca con la punta del zapato. Todo eso es lo que te va a ocurrir, maldito embaucador.

Melvyn no había visto en su vida explosión igual de odio, furia y amor defraudado. Por un momento casi le tuvo lástima, pero las palabras «los pagarés los tengo yo», le bailaban en la cabeza.

—Carolina...

Ella se había puesto en pie y salía ya del restaurante.

Melvyn se quedó sentado. Bueno, esa noche la llamaría o, mejor, iría a su hotel. Tenía que aclarar aquello.

Firmó la nota. Carolina había bebido bastante, eso se notaba a distancia, pero... había dicho demasiado.

Salió del restaurante.

—Tengo que verlo a usted inmediatamente.

—¿Sí, *miss* Mintone?

—Ahora mismo.

—Por supuesto, *miss* Mintone. ¿Dónde?

—En...

Pensó durante unos instantes.

—En el cine Gaylord. En la última fila. Nadie nos molestará.

—Entendido. Dentro de... ¿media hora? No podría llegar antes, sería imposible. Apenas conozco el terreno y...

—Una hora, entonces.

—Sí, *miss* Mintone.

Carolina llegó antes, pese a que se detuvo en un par de bares para tomarse dos dobles en cada uno. Adquirió una butaca de la última fila, encendió un cigarrillo y comenzó a maldecir fluidamente al capitán. Ni siquiera supo qué película estaban pasando, ni le interesaba. Estaba tan llena de ira que apenas podía permanecer quieta.

Alguien se sentó a su lado.

—Buenas noches, *miss* Mintone. ¿Me quiere hablar?

—No habrá pensado que lo he llamado para hacerle el amor, ¿verdad?

—Oh, por supuesto que no, *miss* Mintone. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Oiga, ustedes se iban a marchar ya, ¿no?

Hablaban en voz baja, pero apenas era necesario. Toda la parte de atrás del cine estaba vacía.

—Pues, sí. Habíamos pensado en ir en automóvil hasta algún

sitio en que no hubiera niebla, para tomar el avión, pero al parecer está todo bastante mal.

—No se irán aún. Necesito que hagan otro trabajo para mí.

—Lo... ¿sabe su padre, *miss* Mintone?

—No. ¿Qué le ocurre? ¿Es que no cree que tengo suficiente..., hip..., autoridad para...?

—Por supuesto que no, *miss* Mintone, por supuesto que no. Pero como el otro asunto fue su padre quien lo ordenó...

—Pues ahora soy yo, hombre, así que cierre la boca. Necesito que...

Hizo una pausa. No sabía cómo empezar. Además, el alcohol se había apoderado de ella.

—Necesito que me castiguen a un tipo.

—Bien, delo por hecho. ¿Quién es, *miss* Mintone?

—Se trata del capitán Llewelyn.

—¡Oh!

—¿Qué ocurre?

—Nada, por supuesto. Castigarlo... ¿cómo?

—Pues eso, ¡castigarlo! Como primera cosa... decirle que tiene usted los pagarés. Y cuando los quiera coger o comprar, verlo y... darle lo suyo.

—Quiero que quede bien claro, *miss* Mintone. ¿Quiere decir... eliminarlo?

Carolina no había llegado a eso.

—Pues... No, eso no. Pero... castigarlo. Pero antes tiene que..., hip..., hablarle de los pagarés.

—Conforme, *miss* Mintone. Éste..., ¿se encuentra bien?

—Me encuentro perfectamente, diablos.

—¿Cree que míster Mintone aprobará...?

—¡Usted haga lo que le digo! Si no, le diré a mi padre que...

—Por supuesto, por supuesto. Bien. Hablaré con el capitán. Si usted me da sus señas, hablaré con él... esta misma noche.

Carolina le dio las señas y el número de teléfono.

—Bien, en ese caso... ¿quiere que la acompañe al hotel?

—¡Puedo ir yo misma! Y dígame mañana lo que... hip... ha ocurrido.

—Sí, por supuesto.

—Éste... creo que le he dicho demasiadas cosas. Tendrá usted

que asegurarse de que no hablará.

—¿Muchas cosas?

—Bueno, algunas. Y ahora, márchese.

Y míster Smith salió del cine. Iba pensando en que este último trabajo no le gustaba absolutamente nada. Porque *miss* Mintone era evidentemente una mujer despechada y eso no permite pensar con claridad. Y que sí había hablado demasiado. La idea de hablar con su jefe, en Nueva York, le pasó por las mientes. Pero también eso tenía sus peligros. Míster Mintone le había dicho que... hiciera exactamente lo que le dijera su hija. Bueno, eso lo exoneraba a él, ¿no?

Se metió en una cabina telefónica y llamó al número que le había dado Carolina.

CAPÍTULO VIII

—¿Míster Llewelyn? ¿El capitán Llewelyn?

—Yo soy. ¿Quién?

—No me conoce, capitán, pero quiero hablar con usted.

—Bien, hable.

—No por teléfono, por favor. ¿Podría ir a verlo?

—Dígame antes de qué se trata. No son horas para charlar por puro gusto.

—Se trata de ciertos pagarés a un apostador.

Llewelyn guardó silencio.

—¿Me ha oído?

—Claro que sí. ¿Qué pasa con los pagarés?

—Los tengo yo, capitán, y quiero hablar de ellos con usted.

—Bien, venga. Usted conoce mis señas, por lo visto.

—Las conozco.

—Venga, pues. Lo esperaré.

Llewelyn colgó. Así que ya había salido aquello.

Llamó al hotel de Carolina. Le respondieron que no estaba. Insistió al cabo de cinco minutos y de diez. Nada. Lo mismo. Lo estuvo haciendo durante la hora siguiente, con el mismo resultado.

La cara de Llewelyn estaba seria. Condenada muchacha. Así que había sido ella la que le había echado encima aquellos nuevos perros... Bien, le diría unas cuantas palabras tan pronto como pudiera localizarla.

Llamaron a la puerta. Fue a abrir.

Frente a él había un hombre alto, aunque no tanto como él, que llevaba una trinchera y se tocaba con un sombrero blando.

—Buenas noches, capitán. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Pase.

Smith entró. Lanzó una mirada circular y luego dijo:

—Capitán, ya sabe a lo que vengo.

—No. Hable.

—Tengo sus pagarés. Y usted debe tener el dinero.
Llewelyn lo contemplaba con los ojos entornados.

—¿Cómo los consiguió?

—Eso, capitán, es cosa mía.

—Y mía, al parecer. Porque el hombre que los tenía ha muerto.
¿Cómo diablos los cogió usted? ¿Incendiando su oficina?

Smith lo miró fijamente.

—No. Los tengo, eso es todo. Y usted va a pagar.

—¿Y si no lo hago?

—Su coronel se enterará de ciertas cosas.

Llewelyn sacó la pipa, la rellenoó lentamente y la encendió.
Comprobó que tiraba bien.

—¿Quién lo envía?

—No importa. Me envío yo solo, capitán. ¿Bien?

—Bien. ¿Y si yo le dijese a la policía lo que está haciendo usted?

—Hágalo. Tendrá que explicárselo después a su coronel. Y perdería el puesto.

—Me tiene cogido, ¿eh? —preguntó Llewelyn con una sonrisa.

—Puede decirlo así. ¿Pagaré, capitán?

—¿Y me entregará después los pagarés?

—Se los entregaré.

—Bien, debe darme usted unos días. No tengo el dinero todavía.

—Digamos... dos días, capitán.

—¿Sólo eso? —preguntó Melvyn alzando una ceja.

—Sólo eso. Me pondré en contacto con usted dentro de dos días.
Y usted tendrá preparado el dinero.

Se volvió hacia la puerta. Melvyn fue hacia ella como si intentara abrirla. Entonces rápidamente cogió el otro por el hombro derecho.

—¡Cuidado, capitán! No le convie...

Melvyn le estrelló el puño en la cara y lo lanzó hacia atrás.
Había sido un golpe fuerte.

Smith quedó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los ojos en blanco.

Melvyn fue al teléfono y marcó el número de Carolina.

Y esta vez ella respondió.

—Carolina —dijo el capitán pronunciando nítidamente las

palabras—. En estos momentos tengo en mi casa a un tipo que me está ofreciendo los pagarés. Me dijiste que los tenías tú. ¿Cómo debo entender eso?

—¿Yo? ¡Yo no te dije nada!

—Lo hiciste, ¿no recuerdas? Pues bien, yo sí. Y sugiero que me digas inmediatamente cómo es que éste individuo habla de ellos y cómo ha llegado a saber de ellos.

—¡Vete al infierno! Yo no te dije...

—Lo hiciste. Lo he desmayado de un golpe y cuando vuelva en sí, hablará. Me va a decir lo que quiero saber, pero preferiría que fueses tú quien lo hiciera.

Había una nota de histerismo en el tono de la muchacha:

—¿Qué has hecho?

—Desmayarlo de un golpe. Y ahora...

—¡Yo no sé nada! No tengo nada que ver con eso.

Y colgó. ¿Histeria? ¿No temor, también?

Se volvió y se llevó una sorpresa. El hombre se había puesto en pie, un poco vacilante, quizá, pero no vacilaba la pistola con la que apuntaba al estómago de Melvyn Llewelyn.

—Amigo, se le fue la mano. Y esto le va a costar caro. Muy caro, y lo va a ver bien pronto, bastardo.

—Así que es usted americano, ¿no?

—Y usted un hijo de perra. Lo mataría ahora mismo si no fuera porque...

—¿Por qué? Tiene usted una pistola y yo estoy desarmado.

—Lo va a saber dentro de muy poco, bastardo. Lo va a saber.

Se dirigió a la puerta, tanteó tras de sí, la abrió y salió. Melvyn, corrió a ella, para oír los pasos precipitados del otro en la escalera.

Melvyn bajó corriendo de cuatro en cuatro, pero cuando llegó al portal, el otro había desaparecido en la niebla.

Subió de nuevo a su piso. En ese momento el teléfono tintineó.

Lo cogió, sin jadear, porque estaba bien entrenado.

—¿Sí?

—Mel.

Conoció la voz al instante.

—Jean, ¿qué ocurre?

—Quería hablar contigo, querido. ¿Todo bien?

—Pues... No, exactamente.

—¿Qué ocurre? Tu abuelo está bien, pero a ti, ¿qué es lo que te ocurre?

—Es un poco largo de contar, pero... ¡estás en Londres! Esto no es una conferencia. —Claro que no, bobo. Estoy en Londres. He venido con Gwen para hacer un par de cosas. Bueno, lo principal era que quería verte.

—Ahora mismo. ¿Puedes?

—Estoy citada con Félix para tomar unas copas. ¿Por qué no vienes?

—¿Dónde estás?

—En el Mayfair. Te espero.

Sonó el chasquido de un beso y la comunicación se cortó.

Se vistió pausadamente. Se puso un abrigo oscuro y salió, asegurándose de que dejaba bien cerrada la puerta.

Félix y Jean estaban en el bar del Mayfair, sentados en una de las mesas. Una discreta luz iluminaba a los dos hermanos. Félix aparecía placentero, después de una buena cena y Jean... Jean estaba simplemente maravillosa. Se sentó junto a ellos y los miró.

—¿Os encontráis bien? —preguntó.

—Claro que sí. ¿Por qué no habríamos de...?

—Bien, me alegro.

Alargó la mano y cogió la de Jean.

—Lamento tener que interrumpir vuestra digestión, pero dentro de muy poco tiempo, cuando me veáis pasar por la calle y volváis la cabeza para no tener que deteneros conmigo...

—¿Se puede saber de qué infiernos estáis hablando? —preguntó Félix.

Pero Jean fue más lista o estaba más interesada en el asunto. Se puso seria.

—Melvyn, ha ocurrido algo nuevo, ¿verdad?

—Sí, ha ocurrido.

—¿Muy malo?

—Bastante.

Los miró atentamente, preguntándose por qué diablos no se guardaba lo que sabía al fin y al cabo, no tenía ningún derecho a preocuparlos. Los enredos eran suyos, ¿no? Pues tendría que cargar con ellos.

—Habla, Melvyn.

—Sí, hombre, habla —dijo Félix encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué infiernos es lo que te ha ocurrido?

Melvyn vaciló sólo un instante. Los ojos de Jean, fijos en él con expresión suplicante, lo decidieron.

Comenzó a hablar, y estuvo haciéndolo durante casi diez minutos. Les dijo todo. Las certezas y las sospechas. Todo. Los otros lo escucharon con atención, apasionada por parte de Jean, reflexiva por parte de su hermano mayor.

—Y eso es todo —dijo al terminar.

—Así que, según tú —dijo Félix—. No son más que un puñado de *gangsters*, ¿no?

—Sí.

—Enviados por el padre de esa chica, que debe ser el *gángster* mayor.

—Así es como lo veo yo.

—Y al reñir con esa chica, ella te los ha echado encima.

—Exacto, querido compadre. Conque ya veis el lío en que estoy metido. El coronel se va a enterar, eso es casi seguro.

—Sí —dijo Jean con los labios apretados—. Ella lo que quiere es vengarse, no el dinero. Si logro ponerle las manos encima... ¿dices que está en el...?

—No lo he dicho. Y no quiero que tengas nada que ver con ella. Bueno, amigos, creo que estoy en el cepo. Y no veo la salida. Los perros me están alcanzando ya.

—Digo —dijo Félix tranquilamente—, que no estás en el cepo.

—¿Qué has dicho?

—Digo —repitió el otro—, que no debes considerarte en el cepo. Tienes aún algunas salidas. Inglaterra, ¿sabes?, no es América.

—Ni tú ni yo sabemos de lo que estás hablando.

—Por el contrario. Jean, ¿aprecias lo suficiente a este tipo?

—Oh, Félix, deja tus bromas.

—Pero si no son bromas, querida. ¿Lo aprecias?

Jean miró a Melvyn. Éste se encogió ligeramente bajo el impacto de aquellos ojos azules.

—¿Necesito decirlo?

—No, ya lo veo. Pues bien, querido perdulario, especie de don Juan con guerrera roja, Inglaterra no es América.

—Eso ya lo dijiste antes. No creo que ahora quede más claro.

—Y no lo es, porque aquí no hay *gangsters*.

—Dímelo a mí. Los hay. Importados, pero los hay.

—Exacto. Importados. Un puñado de ellos. Y bien, ¿es que no vamos a poder encontrar alguien que pare los pies a esos marranos?

Melvyn hizo un gesto con la mano.

—Supongo que querrás decir pagándoles, ¿no?

—¿Pagándoles? Mi querido muchacho...

—Pues, ¿cómo si no?

—Tú eres oficial. Has debido oír hablar algunas veces de voluntarios para ciertas misiones.

—Bueno, Félix, haz el favor de decirme de una vez lo que quieres.

—Simple. Muy simple.

Jean intervino rápidamente:

—Tienes razón, Félix. ¿Cómo diablos no se nos ha ocurrido antes?

Melvyn se bebió de un golpe su copa de ginebra.

—¿Voluntarios?

Mi querido muchacho, tú no formas solito la Guardia Real Galesa. Hay otros además de ti. No debes olvidarlo.

—No lo olvido, pero ¿quieres...?

Se detuvo.

—Félix, simplemente, estás loco. No puedes estar hablando en serio.

—Por el contrario, estoy hablando muy en serio. Unos cuantos muchachos decididos bien entrenados, pueden darles una lección a esos *gangsters* de importación no deseada.

Se reclinó, satisfecho, en su silla.

—No puedo aceptarlo. Además hablas en tu nombre, no en el de los demás.

—Nueva equivocación, mi querido muchacho. Nueva equivocación. Estoy absolutamente seguro de que Jones Martin, Gules, Roscoe y Humpty-Dumpty estarán absolutamente de acuerdo conmigo en echarle una mano. A nadie le gusta que un compañero se vea en estos apuros, qué diablos.

—Mel, acepta —dijo Jean con los ojos brillantes—. Acepta.

Melvyn hizo un gesto.

—Bueno... no sé qué decir. Pero ¿qué podrían hacer todos esos

muchachos? ¿Qué podrían hacer si el tipo ése me envía atado de pies y manos al coronel?

—Es que hay que pararles los condenados pies antes de que puedan hacer una cosa por el estilo. Vamos a ver, ¿tú crees que efectivamente te darán dos días de plazo para pagar?

—No lo sé. Me pareció simplemente...

—¿Crees que esa mujer espera que le pagues?

—No, por supuesto. Lo que quiere es vengarse.

—En ese caso debes ponerte en contacto con ellos inmediatamente. Inmediatamente. Y atraerlos a algún sitio donde los muchachos y yo, por supuesto, podamos actuar.

—No veo cómo...

Melvyn se rascó la barbilla.

—El mejor lugar sería... la casa de mi abuelo.

—Estoy de acuerdo. Tendrías que llevarlos hasta allí. Veamos. Yo no entro de guardia hasta dentro de siete días. Jones Martin, libre... No, así no puede hacerse. Dispensarme un momento, muchachos.

Se puso en pie y fue hacia la cabina telefónica. Estuvo sin aparecer durante casi un cuarto de hora, tiempo que emplearon Melvyn y Jean en mirarse a los ojos y consumir otras dos ginebras.

Volvió Félix Smith-Orwell.

—Reunión de oficiales dentro de media hora, en el club, muchachos. Jean, debes irte a la cama.

—¿Yo? ¿Estás Joco? ¿Crees que voy a perderme el tercer acto? No lo pienses ni por un solo momento, Félix Smith-Orwell.

—Está bien, está bien. Vamos.

Salieron del Mayfair cogidos del brazo y se empotraron en el coche de Melvyn.

CAPÍTULO IX

—¡Le digo que no puede hacer eso!

—Señorita Mintone, es necesario. Ese hombre lo sabe todo, o al menos se lo imagina. Es absolutamente necesario cerrarle la boca, y si su padre estuviera aquí, aprobaría mis palabras.

Carolina se restregó las manos, hasta hacerse daño, con las largas uñas, en las palmas.

—No puede ser. Hablaré con mi padre.

—Hágalo, pero... ya verá cómo él le dice lo mismo. Cerrarle la boca. De lo contrario nos veríamos en un buen lío.

Carolina se dirigió al teléfono. Smith había entrado en su habitación del hotel, sin pasar por el ascensor, sino trepando las escaleras. Y bien cubierto para que nadie pudiera reconocerlo en el caso de que se torciesen las cosas.

Carolina cogió el teléfono. Luego lo soltó.

—No puedo explicárselo por teléfono.

—Yo puedo hacerlo. Tengo una clave para hablar con él, señorita. Yo lo haré.

La respuesta les llegó de los propios labios de mister Mintone, y en clave también, por supuesto. Cerrarle la boca y salir pitando de Inglaterra.

Carolina se sintió enferma. Pero por otra parte, cada vez que se imaginaba al apuesto oficial abrazando a aquella mujer...

—Yo me voy —dijo—. Me voy a Francia.

—Es lo más sensato —opinó el hombre llamado Smith—. Yo me ocuparé de todo. No se preocupe. En la Costa Azul debe hacer un tiempo magnífico. Váyase tan pronto se levante la niebla.

Que tardó dos días exactamente en levantarse lo suficiente como para permitir algunos vuelos. Uno de ellos, a Montecarlo.

Y entonces, Smith se frotó las manos. Desde su habitación del hotel, cogió el teléfono y avisó a los cinco hombres que habían ido

con él a Inglaterra.

Y luego, llamó al capitán Llewelyn.

—Capitán, ¿tiene el dinero?

—Lo tengo. No he tenido más remedio que reunirlo, maldición.

—Está bien. Muy bien. Sabe lo que le conviene, amigo. Téngalo preparado en su casa a las...

—Pare el caballo, muchacho. No lo tengo en Londres.

Smith frunció las cejas.

—¿Qué quiere decir, capitán?

—Quiero decir que está en casa de mi abuelo, en Gales. Tendré que ir a buscarlo allí.

—No voy a ir hasta Gales. Es algo que no pienso hacer.

—Tendrá que hacerlo. Allí se lo entregaré.

Smith lo pensó rápidamente. Londres podía ser un buen lugar para desprenderse de alguien, pero Gales... quizá lo fuese mejor. Si las cosas se hacían bien...

Pero antes podía hacer algo.

—Capitán, un hombre irá a verlo dentro de dos horas. Hable con él.

Por mí, de acuerdo, pero ¿qué quiere?

—Arreglará con usted todo lo necesario para la entrega del dinero.

—Está bien. Dos horas, ¿no?

—Sí.

Colgó. Se quedó un momento pensando. Luego volvió a llamar a uno de sus hombres y le dio instrucciones. Éstas eran bastante curiosas, y hubieran sorprendido a cualquier policía que hubiera podido escucharlas.

Cuando llamaron a la puerta, Melvyn estaba en mangas de camisa.

No vino un hombre, sino dos.

—Pasen —dijo Melvyn.

Entraron. Uno de ellos tenía la mirada clavada en Melvyn, mientras el otro lanzaba una rápida ojeada a la habitación.

—Bien, muchachos, tengo entendido que vienen a...

Y entonces vio la pistola. Estaba en manos del que se hallaba frente a él.

—¿Y esto, por qué? —preguntó tranquilamente.

—Capitán, va a venir a dar un paseo con nosotros. Hablaremos entonces.

—¿Por qué habría de hacer eso? La noche es infernal.

—Vamos, póngase la chaqueta y venga con nosotros.

—Está bien. Pero le voy a decir una cosa. No me gustan sus modales, muchacho.

—Menos le gustará recibir un golpe en la hermosa cara.

—¿Dónde está el hombre que...?

—Vamos, póngase la chaqueta y el abrigo.

—Un momento, están en el dormitorio.

Fue hacia él. Uno de los hombres lo siguió pegado a él, y con el revólver en la mano. Melvyn entró en el dormitorio, seguido del otro.

Algo le hizo volverse a éste último. Quizá el desplazamiento del aire junto a su cabeza.

Vio descender sobre él algo muy grande y cayó de rodillas. Para cuando llegó al suelo estaba sin conocimiento.

Félix Smith-Orwell miró sonriendo a Melvyn. No había hecho ruido. Se había limitado a dejar caer su enorme zarpa sobre el cuello del americano.

La puerta de la cocina se abrió, mientras Melvyn decía:

—¡Eh, oiga, su amigo...!

El hombre de la pistola se volvió hacia él, y Melvyn se lanzó sobre el otro, al tiempo que el robusto teniente Roscoe, de la guardia galesa salía de la cocina y cargaba sobre él. La pistola se levantó, en el aire, sólo para salir proyectada hacia el techo por la patada de Roscoe.

—Dale, Mel —dijo éste último.

Y Melvyn le dio.

Una y otra vez, hasta que le dobló las rodillas y lo envió contra la mesita. Los tres oficiales se quedaron mirando su obra.

—No es perfecto, pero ha salido bien —dijo Félix, satisfecho—. Bien, muchacho, ¿qué vas a hacer ahora?

—Vamos a hacerle hablar, a obligarle decir dónde está el hombre que habló conmigo.

—Eso supongo yo que será fácil. Vamos a revivir a estos tipos. Uno de ellos hablará.

Los hicieron revivir por el método de meterles la cabeza en la

ducha y abrir ésta. Los dos volvieron en sí para verse enfrentados a sus propias pistolas.

—Bien, muchachos —dijo Melvyn—. Necesito de vosotros una cosa bien sencilla. Necesito que me digáis dónde podemos llamar a vuestro jefe. Porque supongo que será vuestro jefe.

—Váyase al infierno —dijo uno de ellos, con los dientes apretados.

Félix miró a Roscoe y éste le devolvió la mirada.

—Bien, entonces para empezar, el método llamado de la bota malaya —dijo Roscoe—. Sujétalo, Félix.

Félix sujetó al que había hablado, entre sus robustos brazos, y Roscoe le cogió el pie.

Una brusca torsión y...

El hombre aulló, enloquecido por el dolor.

—¿Qué? —preguntó Roscoe—. ¿Te tengo que partir el pie?

—¡Al... infier... no!

Roscoe le aplicó el tratamiento al otro pie. Un poco de fuerza y lo dejaría cojo para toda su vida. El hombre lo sabía.

—¡Pare, maldición! Está en el hotel Emperatriz Victoria.

—¿Bajo qué nombre?

—Smith.

Melvyn cogió el teléfono. Un momento después la voz del hombre con el que había hablado, llegó hasta él.

—¿Smith?

—¿Cómo ha sabido esta dirección?

—Smith, me la ha dado uno de sus hombres.

—¿Qué diablos está diciendo?

—Por supuesto. Me la ha dado uno de los dos hombres que me envió. Y otra cosa, como parecen bien decididos a hablar y a cantar en fa sostenido menor, le sugiero que venga conmigo a Gales, donde los vamos a llevar esta misma noche.

Smith permaneció en silencio durante bastante rato.

—Capitán, usted no sabe en lo que se ha metido. Voy a enviarle ahora mismo los pagarés a su coronel y...

—Y los hombres que usted me envió hablarán largo y tendido. Dirán todo, todo por completo. Smith, creo que le conviene venir a hablar conmigo y trataremos de solucionar el asunto sin levantar más polvo. ¿Está de acuerdo? Creo que podemos llegar a un

acuerdo, pero... en Gales. En Carmarthen. ¿No me ha oído, Smith?

—Usted está mintiendo.

Melvyn hizo una seña y Félix cogió la cabeza del hombre al que habían aplicado la bota malaya y le empotró el micrófono en la boca, casi.

—Escucha, me han pescado. Nos han pescado.

Smith dijo:

—¿Nos?

Lewelyn le quitó el receptor.

—Los he cogido a los dos. ¿Quiere que se los describa y todo lo que llevaban en los bolsillos? Puedo hacerlo. El primero se llama...

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Smith, precipitadamente.

—Si no quiere usted que nombremos a cierta persona, tendrá que traerme los pagarés y luego largarse.

Pero me los traerá donde yo le diga, y me los entregará en mano.

—¿Usted sólo ha cogido a esos hombres, capitán?

—Yo solo, muchacho. Es fácil. No eran tipos demasiado bregados. Gente floja, diría yo.

Hubo un corto silencio. Smith debía estar rumiando aquello.

—¿Dónde quiere que le entregue eso, capitán? Me gustaría hablar con usted.

—En Carmarthen, en Gales.

—¿Debo..., tengo que ir tan lejos?

—Tiene usted que ir donde yo quiera, muchacha. No tiene oportunidad de escoger. Tiene usted que ir a Carmarthen, y buscar la taberna el León y el Cordero. Pregunte allí por mí.

—Escuche, capitán; no haga nada a mis muchachos. Ha habido un error. Se puede arreglar bien, créalo, capitán. No hace falta... darle aire al asunto.

—No lo haré si está usted esta misma noche en el León y el Cordero, muchacho.

—Allí estaré, capitán, y crea que todo esto podemos arreglarlo satisfactoriamente.

Melvyn colgó. Félix y Roscoe lo miraban expectantes.

—Irá. Todo se arreglará, según dice. Ha debido ser una equivocación, está seguro de ello, el muchacho. Una travesura de chicos, supongo.

Félix se sirvió un vaso de *whisky* y comenzó a beberlo.

—Bien, veamos los que nos trasladaremos allí. Por supuesto los presentes...

—Prueba a sacarme del campo de juego, Félix, y te destripo —dijo Roscoe.

—Y también irán Jones Martin, Gules y Humpty Dumpty. Son los que están libres de servicio. Necesitaremos tu coche, Roscoe.

—Ya.

Roscoe fue al teléfono y habló durante unos instantes. En cuanto acabó, Félix cogió el aparato y comenzó a llamar.

Media hora después, llegaban los demás.

Gules, delgado, rubio, con aspecto de damisela, pero que desmentía el brillo metálico de sus ojos. Humpty Dumpty, que alcanzó por un cuarto de pulgada nada más el límite que la guardia impone en la estatura de sus oficiales, pero que lanzaba el peso a dieciséis metros y por último el teniente Jones Martin, moreno, de ojos azules y risueños.

—Muy bien —dijo el último—. ¿Dónde es la fiesta?

—En casa de mi abuelo.

—Ah, bien, el viejo conde y todo eso. ¿No podríamos comer algo?

—Lo harás en Carmarthen —respondió Félix. Y ahora, escuchadme bien.

—¿Y si lo hiciera yo? —preguntó Melvyn.

—Calla. No olvides que soy el más antiguo oficial de los presentes. Yo tengo trazado ya el plan de acción.

Melvyn alzó una ceja.

—No, no protestes, Mel. Te vamos a sacar del lío, pero lo haremos a mi manera.

Escuchad mi plan.

Y durante un cuarto de hora lo expuso, prolijamente.

Eran las nueve y media en el reloj de cuco del León y el Cordero, cuando Morris, el dueño, vio entrar a los tres individuos.

Lo habían hecho por separado, pero Morris los relacionó entre sí. Parecían muy callados y bebieron su cerveza en silencio.

—¿A qué hora cierran la taberna? —preguntó uno de ellos.

—A las once, señor. Le queda tiempo para beber su cerveza

tranquilamente... a no ser que desee alojarse en casa, y cenar algo.

—Pues... no lo sé.

—Me permito recomendarle nuestro cordero a la salsa de menta, señor.

—Lo pensaré. Sirva otra.

Morris vio las líneas tensas de la boca del otro. Y en ese momento entró alguien al que conocía.

—Buenas noches te...

El recién llegado lo interrumpió bruscamente.

—Buenas noches, Morris. Buenas noches a todos.

Los parroquianos se le quedaron mirando. Nunca habían visto al teniente Jones Martin cortar la palabra a nadie. Lo conocían, porque procedía de Llanddarog, a pocas millas de la ciudad.

Pidió un conejo galés y Morris se apresuró a desleír el queso en cerveza y a preparar la tostada de pan. En el momento en que se la servía. Jones-Martin dijo en voz baja, aprovechando que el aparato de televisión oscurecía las conversaciones.

—Morris, no me nombre por mi grado, ¿quiere?

—Por supuesto, te..., por supuesto, señor Jones-Martin.

—No mire, Morris. Hay forasteros, ¿verdad?

—Pues... yo creo que tres caballeros, señor.

Jones-Martin iba vestido de paisano, con gran gruesa chaqueta de *tweed* y pantalones de franela. Una bufanda de seda, blanca, le rodeaba el cuello.

—Morris, quiero que haga algo por mí. Es decir, por el capitán Llewelyn.

—Pues... si está en mi mano, te..., señor..., por supuesto.

—Un poco antes de la hora de cerrar, quiero que le pregunte a uno cualquiera de los forasteros, si está esperando al capitán Llewelyn. Que éste ha telefoneado y que quiere verlo en el Manor.

—Sí, señor. Así lo haré. Descuide, señor.

Jones-Martin miró hacia los tres hombres. Éstos bebían concentradamente, en el mostrador.

Terminó su tostada de queso en cerveza y salió.

A las diez y media, Morris entró en la cabina de teléfonos y volvió a salir. Miró a su alrededor y por fin, con aire dudoso, se dirigió a uno de los forasteros.

—Dispénsame, señor —dijo—. Pero ¿usted conoce al capitán

Llewelyn?

El otro alzó hacia el posadero dos ojos castaños, muy fríos.

—Pues... ¿por qué lo pregunta?

El capitán acaba de llamar por teléfono. Dice que si hay aquí algún caballero que lo conozca, que le diga que vaya al Manor.

—¿Al Manor?

—A la casa del capitán, señor. Así la llaman.

—¿Por qué me lo dice a mí?

—Pues porque es usted..., usted parece forastero, señor.

—Gracias. ¿Dónde está ése... Manor?

—Oh, es fácil, señor. Saliendo de Carmarthen al norte, por la carretera 485, a dos millas. Es imposible perderlo, porque es la única casa grande.

—Gracias.

Terminó su cerveza, se puso en pie y salió de la posada. Los otros dos hombres le siguieron.

Un momento después los tres estaban cruzando la ciudad. Encontraron la carretera enseguida y la siguieron. Iban tensos, silenciosos.

Llegaron a un pequeño desvío y vieron la casa, sobre el altozano.

—Ésa debe ser —dijo Smith—. Muchachos, atentos. No hagáis nada hasta que yo lo diga.

—Seguro.

El desvío acababa en un seto vivo, en el cual había una puerta. Había poca nieve en los campos.

—Bueno, ¿y ahora? —dijo uno de ellos.

Smith no tuvo tiempo de responder. Oyeron los pasos de alguien y un anciano apareció, llevando una linterna eléctrica.

—¿Señores? ¿Quieren ver al capitán?

—Sí.

—Tengan la bondad de pasar. El coche pueden dejarlo ante la casa.

Abrió la puerta.

—Espérenme ante la puerta del Manor, señores, por favor.

Smith guió el coche por un sendero enarenado hasta detenerlo ante la casa. El viejo llegó un momento después.

—Por aquí, señores. El capitán no tardará en llegar.

Abrió la gran puerta y los tres hombres pasaron. Uno de ellos

llevaba la mano metida dentro del bolsillo del gabán.

En el amplio *hall*, quedaron un instante quietos.

—Por aquí, señores.

Los guió hasta el salón.

—¿Dónde está el capitán?

—Oh, señor, no podría decirle, pero me aseguró que vendría pronto. ¿Puedo servirles algo a los señores? ¿Un grog? ¿*Whisky*? ¿Oporto?

Los tres hombres se miraron.

—Nada —dijo Smith fríamente.

—Tengan la bondad de esperar un momento.

Desapareció.

—Diablos, qué frío —dijo uno de ellos.

—Quieto, Bill. No quise tomar nada, porque no sabemos lo que ese tipo puede querer poner en los vasos.

—Me gustaría beber algo, diablos —dijo Bill, acercándose a la encendida chimenea.

Y pasaron los minutos. Se convirtieron en media hora. Smith consultó su reloj.

Las doce menos diez —dijo exasperado. ¿Es que ese bastardo— había bajado la voz—, se propone dejarnos aquí...?

Entonces oyeron el grito.

Fue un lamento agudo, que sonaba por encima de sus cabezas. Los tres levantaron las caras hacia el artesonado del techo, pero evidentemente no había salido de allí el grito.

—¿Qué..., qué diablos es eso? —preguntó Bill.

—¿Cómo infiernos quieres que lo sepa?

El grito se repitió. Era tan quejumbroso que ponía los pelos de punta.

Bill dijo:

—Mira, Tony, esto...

—¡Cállate!

La puerta se abrió. Al mismo tiempo las luces vacilaron como si fueran a apagarse.

—¡Por los clavos de Cristo! Pero...

En la puerta estaba la alta y seca figura de un anciano de cabellos blancos y bigotes recortados.

—¿Lo han oído? —preguntó—. ¿Lo han oído?

—Oído, ¿qué?

—¿No lo han oído? El barón.

Smith se dirigió hacia el anciano.

—Escuche, amigo, nosotros...

—O están sordos o mienten. Lo he oído perfectamente. El barón ha gritado.

—Oh, eso, ¿quién es el barón? Mire, nosotros queremos ver al capitán Llewelyn.

Estamos citados con él y...

El grito se repitió. El anciano los miró a la cara.

—¿Y ahora? No mientan. Lo han oído tan bien como yo. Exactamente cinco minutos antes de las doce. Al barón debe ocurrirle algo grave.

—Escuche..., ¿quién es ese barón?

—¿Cómo? ¿No lo saben? El fantasma del cuarto barón de Penzance. Todo el mundo lo sabe. Debo ir a ver qué le ocurre. Grave, seguramente algo grave.

Y salió rápidamente.

Los tres hombres se miraron.

—Tony —dijo Bell tensamente—. Yo me voy de aquí. —Espera, maldición. No se te ocurra moverte. Eso son tonterías...

El ruido de algo metálico que se arrastra llegó hasta ellos. Y al mismo tiempo las luces se apagaron.

CAPÍTULO X

—Tengo la pistola en la mano, Tony —dijo Bill—. Y si algo se me acerca, por la Virgen Santísima que lo destripo.

—¡Quieto!

Una luz vacilante se aproximaba por el *hall*, cuya puerta había quedado abierta.

—Lo mato, lo destripo —rezongó Bill.

Tony, el hombre al que Melvyn conocía por Smith, sacó su arma también.

La luz llegó a la puerta, vacilaba, y todo se llenaba de sombras cambiantes.

—Perdonen los señores. No sé qué ha ocurrido en la instalación...

—Quiero saber dónde está el capitán Llewelyn —dijo Smith furiosamente—. Avísele y dígame...

—Oh, sí, sí señor, lo haré inmediatamente. Tan pronto como lo encuentre.

—Oiga —dijo Bill—. Ese grito...

—Oh, el barón. Un poco temprano, pero algo ha debido ocurrir.

—¿Quién era el viejo que ha estado aquí hace un momento?

—¿El viejo? Oh, el conde, seguramente, señor. Busca al barón. Quiere preguntarle algo.

—¿A un fantasma? —La voz de Bill sonaba como el mudo de una uña al rascar el cristal—. Oh, claro, señor.

—Y... ¿le responde?

—Pues... a veces, señor, a veces.

El mayordomo había ido encendiendo velas. Tres, sobre la pared de al lado de la chimenea. Una corriente de aire penetraba por algún lado, porque las llamas vacilaban y se movían.

—Oiga, abuelo —dijo Smith—. Si el capitán no viene dentro de dos minutos, nos marcharemos. Al, vete al coche y pon en marcha

el motor.

—Sí —dijo Al inseguro—. Abuelo, déjeme la vela...

—Y trae linternas. No me gustan estas velas.

El viejo mayordomo estaba hurgando la lumbre. Le dio la vela y Al salió. Volvió al cabo de tres minutos.

—Tony —dijo en voz baja e intensa—. Tony, se han llevado el coche.

—¿Que se han llevado...?

Smith dio dos zancadas hasta el mayordomo y lo agarró por el cuello.

—Dígame inmediatamente dónde han dejado el coche, o lo voy a...

Nuevamente el grito. Esta vez sonaba más cerca. Smith soltó al viejo.

—No —dijo Bill tragando saliva—. Eso parece que..., que se acerca.

Smith tenía la pistola en la mano. Se dirigió a la puerta y penetró en el *hall*. Una luz difusa brillaba en la escalera. Aquella luz se movía, descendía...

Y la vio.

Era una mujer, alta, vestida con unas ropas flotantes, blancas.

Smith oyó una respiración fatigosa, resollante. Se dio cuenta de pronto de que era él mismo quien la lanzaba.

La mujer llevaba algo en la mano, una vela o un quinqué. Éste iluminaba su cara llenándola de sombras. Sus ojos parecían cuencas y su boca una negra abertura.

—Dispara, Tony —dijo Bill a su lado—. Dispara...

Smith levantó la pistola, con una mano que temblaba. La mujer abrió más la boca, lanzó un alarido y... la luz se apagó.

—Válgame Dios, no era el barón, sino la honorable... —dijo el servidor. Y su voz se cortó ante un nuevo aullido. Entonces, Bill pareció volverse loco y disparó dos veces hacia la escalera. El eco de una carcajada contrapunteó las explosiones.

—¡No! —aulló Bill.

—¡Cállate, necio! Nos están...

Cogió al viejo por las solapas de la bata y lo pegó a la pared.

—Vas a decirme ahora mismo lo que...

Las luces se encendieron.

La escalera estaba vacía. Smith se volvió a mirar a sus compañeros.

—¿Dónde está Al? —preguntó.

—Estaba... Estaba a mi lado —dijo Bill tembloroso—. Estaba a mi lado, a mi lado...

Smith lo abofeteó. El viejo se encaminaba hacia la escalera.

—Eh, usted, ¿dónde se cree que va?

—Tengo que atender al señor conde. ¿No han oído la campanilla?

—¡No he oído nada! ¿Dónde está mi compañero?

—Lo ignoro, señor. ¿No fue al coche?

—¿Está loco? Usted vio que volvió y...

—Tony, quiero saber dónde está Al. Voy a buscarlo... No puede haber desaparecido.

Tony le metió al viejo el revólver en el vientre.

—Voy a disparar si ahora mismo no avisa usted al capitán. Vamos, llévenos adonde está. Y basta de trucos, porque...

El viejo echó a andar hacia la escalera. Ésta estaba iluminada difusamente por sólo dos lámparas eléctricas. Tony miró hacia atrás. Bill le seguía mirando temerosamente a todos lados.

Y Al no estaba por parte alguna.

—¿Quién ha podido coger el coche? ¿Eh, abuelo?

—No lo sé, señor. Usted lo dejó en la puerta, ¿no?

—Y alguien lo ha cogido. Maldición, le digo que lo voy a matar como no me diga...

Comprendió que los nervios le estaban fallando, lo mismo que le habían fallado a Bill. La idea de largarse como fuera de allí, lo asaltó, pero la rechazó. El capitán tenía dos hombres suyos y ahora Al había desaparecido.

No podía dejarlos allí. Tenía que ver al capitán, como fuera.

—No te separes de mí —le dijo a Bill, en el momento en que el aullido resonaba de nuevo en las alturas.

—Tienen que haber oído los disparos —dijo en voz alta—. Tienen que haberlos oído, y esos bastardos tienen que salir a ver qué ha ocurrido.

Y oyó a Bill. Nunca había oído rezar a Guglielmo Marcantonio, pero ahora lo oyó.

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...

—¡Cállate! No hagas eso.

Habían llegado al final de la escalera. Había una puerta abierta frente a ellos.

Al pasar por delante, Tony vio que era un dormitorio. Junto a la cama con dosel, estaba el viejo conde.

—Oiga —dijo.

—¿La vieron?

La vimos. Y disparemos contra ella.

—¿Eso hicieron? ¿Están locos? ¿Es que quieren matarla?

—¡No diga tonterías!

El viejo se fue hacia él. Componía una figura mayestática. Imponía.

—¡No vuelvan a hacerlo! ¿Me han oído? No se les ocurra disparar de nuevo. Podrían ocurrir cosas terribles.

—Escuche, quiero hablar con el capitán. El me citó aquí, y voy a verlo como sea, aunque tenga que...

El conde lo miraba fijamente.

—¿Quién es usted?

—Soy un... conocido del capitán.

—Y lleva una pistola. Y ha disparado. En mi casa. Váyase.

—No me iré sin ver al capitán.

—John, llévalos a la torre.

—¿Qué ha dicho? ¿A qué torre? Y un hombre que venía conmigo ha desaparecido.

Quiero saber dónde está.

—Llévalos a la torre, John. Tal vez esté allí Master Melvyn.

—Escuche, no quiero ir a ninguna torre, y usted...

El viejo dio media vuelta, se metió en el cuarto y cerró la puerta.

—Sígueme a la torre, caballeros.

—¡No! Bill, coge a ese maldito viejo. Echa la puerta abajo y...

Ambos se quedaron paralizados.

—¡Tony...! ¡Socorro!

—Es Al —dijo Bill tembloroso—. Es Al. Algo le ocurre.

—¡Al! ¿Dónde estás?

—¡Tonyyyy! ¡Socorroooo! ¡Ayúdame!

—¡Maldición! ¡Al, dinos dónde estás!

Silencio. Y súbitamente, las luces vacilaron de nuevo, y se apagaron.

Oyeron el ruido de una puerta que se cierra, y Bill comenzó a disparar.

—¡Maldición! ¡Me vas a dar maldito loco! ¡No dispares!

—¡Dispararé! —Oyó la reconcentrada voz de Bill—. ¡Dispararé, pero no me ocurrirá lo que a Al!

Tony se dejó caer de rodillas. Las balas de Bill volaban en todas direcciones. Alargó la mano y logró coger a su compañero por un brazo.

—¡Quieto, loco!

Bill se calmó, sollozando. En las completas tinieblas, Tony logró coger su encendedor y lo prendió. Estaban solos en la galería.

—Cálmate, Bill, lo vamos a arreglar esto ahora mismo.

Una corriente de aire hizo apagarse la llama del encendedor. Volvió a dar a la rueda, amparándolo con la mano. Miró a la puerta por donde había desaparecido el conde.

La golpeó.

—¡Vamos, abra! ¡Abra o la descerrajo a tiros!

La carcajada de una mujer enloquecida.

—¡No aguanto más, Tony! Vámonos de este lugar maldito de Dios.

Tony disparó contra la cerradura. Al mismo tiempo, el encendedor le quemó los dedos. Sintió a su lado el desplazamiento de una corriente de aire, algo le hizo girar sobre sí mismo y Bill aulló enloquecido.

—¡Bill! ¡Bill, no te separes de mí...!

Un gorgoteo ahogado.

—¡Bill!

Ya no pudo resistir más. Alzó la pistola y disparó contra las tinieblas que lo rodeaban.

Nada. Silencio.

Y Tony tuvo la absoluta seguridad de que estaba solo.

Apretó los dientes, por entre los que pugnaba por salir un sollozo. A ciegas, buscó la escalera, y sus pies la encontraron demasiado pronto. Tropezó en el primer escalón y rebotó en los dos que seguían. Cayó contra la barandilla, haciéndose daño en un hombro.

—No —dijo en voz baja—. No. No, no lo voy a consentir...

Y las luces, se encendieron. Miró a su alrededor, deslumbrado.

Estaba solo.

Bajó las escaleras y atravesó el *hall* a la carrera.

Llegó a la puerta e intentó abrir. Estaba cerrada con llave.

—¡Maldita, te voy a...!

Alzó la pistola y disparó contra la cerradura. Dos veces. El percusor cayó en el vacío a la tercera.

Buscó el cargador de reserva en el bolsillo y...

—¿Smith?

Se volvió en redondo. Había un hombre en la escalera. Un hombre. Un hombre de carne y hueso, y él lo conocía.

El capitán Llewelyn.

—Suelte esa pistola.

Tony intentó meter el cargador, pero sus manos temblaban.

—Le he dicho que la suelte. Mire esto.

El capitán tenía un revólver en la mano.

—Si no la suelta, dispararé.

—Maldición, ¿dónde están mis hombres?

—A su debido tiempo.

Y entonces, Tony vio que el capitán no estaba solo. De las sombras del salón, de la parte baja de la escalera, estaban saliendo otros.

Y Tony se encontró en medio de un círculo de caras serias, terriblemente serias.

Dejó caer la inútil pistola.

—¿Dónde están..., dónde están mis compañeros?

—Bien seguros, amigo. Y ahora, dígame por qué me quiso matar.

—Yo no quise matarlo.

—Escuche, muchacho. Quiero que haga una cosa: Escribir en un papel quién le ordenó matarme, por qué, etc. Lo va a firmar.

—Yo no voy a hacer eso, porque no es verdad y...

—Si estos hombres que ve usted aquí caen sobre usted, mucho me temo que lo va a pasar mal. Muy mal. Si hace lo que yo quiero, usted podrá volver a América. Si no lo hace, lo vamos a entregar a la policía; pero después de tratarlo convenientemente.

Alargó una mano.

—Vengan esos documentos que tiene.

Tony los miró uno a uno. Serios, fuertes, amenazadores.

Metió la mano en el bolsillo y sacó los papeles.

—Tenga. Y ahora...

—Y ahora, venga acá y escriba.

—Escuche, capitán...

—He dicho que escriba.

—No pienso hacerlo. Usted ya tiene lo que quería y...

Félix Smith-Orwell alzó su enorme puño.

—¿Sí? ¿No piensa hacerlo, muchacho?

Ya no era solamente el puño de Félix. Los puños de los demás, avanzaban hacia su cara.

—Está bien —dijo—. Pero ¿es cierto que me dejarán volver a América?

—Sin que nadie le moleste. No tengo más que una sola palabra.

—Está bien. Lo haré.

Le llevaron al salón y le pusieron un papel en la mano, junto con una pluma.

—Y quiero que consigne ahí los nombres de todos. De todos, fíjese bien.

—¿Qué..., qué hará con este papel?

—Guardarlo. Solamente si alguien intenta alguna vez molestarme, lo usaré. Tiene usted mi palabra.

—Escuche, y esos gritos...

—El barón, naturalmente. El fantasma de un antepasado mío. Escriba.

Y Tony comenzó a escribir. Cuando acabó, Melvyn leyó atentamente el papel.

—Bien, traedlos.

Y Tony volvió a ver sus dos compañeros junto con los dos que había enviado a casa del capitán. Nunca había visto gente tan aterrada, y eso que Tony Allegro había visto mucha gente asustada en su vida.

Ante la puerta de San Athelstan estaban formados cincuenta oficiales de las guardias galesa, escocesa y británica, con las espadas desenvainadas.

Justo en el momento en que la pareja salía por la puerta de la iglesia, los oficiales alzaron sus armas y formaron el dosel bajo el cual tenían que atravesar el capitán Melvyn Llewelyn y la honorable Jeannette Smith-Orwell.

Comenzaba a nevar suavemente.

El coronel Glenn-Armoree —bigote imperial blanco, uniforme de gala— los esperaba a la salida del dosel de espadas.

Alargó la mano a su capitán y besó a la novia con dos sonoros trompetazos en las rosadas mejillas, en nombre de Su Graciosa Majestad.

—Quiero verlo, Llewelyn, quiero verlo tan pronto como haya pasado su permiso.

—Por supuesto, señor.

—He oído rumores... Sí, los he oído, no me contradiga, pardiez.

—Sí, señor.

—Y tiene usted que explicármelos.

—Por supuesto, señor.

—Alicia, ya puedes saludar a los recién casados.

Y la esposa del coronel avanzó obedientemente.

El oporto estaba en su punto exacto. El salón brillaba de luces y de casacas encarnadas y de vestidos azules y rosados. Los oficiales ingleses y escoceses acorralaban los vestidos blancos, azules y rosados, ante la mirada ligeramente torva de los guardias galeses. «Pero los invitados son los invitados, ¿no es así, señor?».

Y el conde de Penzance asentía. Los invitados son los invitados. «Y vamos, muchachos, den los brazos a su pareja, porque la cena fría espera».

Jeannette se agarró al brazo de su marido.

—¿Me encuentras mejor que vestida con aquella cosa horrible y una luz en la mano, querido?

—Te encuentro mucho mejor, aunque debo reconocer que en tu papel de la honorable Gwendolyn, encerrada por su marido en una mazmorra en el siglo XVII no estabas del todo mal.

Se besaron en medio de un corro.

Félix avanzó como un navío de alto bordo.

—A cenar —dijo.

El conde dio el brazo a la recién casada y entraron al comedor.

—¿Cómo me porté? —preguntó el viejo.

—Como un ángel, señor —respondió Jeannette.

—Temo mucho que el barón no haya aprobado aquella farsa. Por la noche tengo la impresión de que ronda por los corredores altos, y manifiesta su desaprobación con toses significativas —dijo

Melvyn.

—Oh, silencio —dijo el conde—. El barón no lo aprobó, pero... la familia es la familia. Uno de los miembros en peligro, y... Tengo que tener una conversación con él una de estas noches. Cuando os hayáis marchado y todo vuelva a su ser razonable. —Por el barón— brindó Félix Smith-Orwell.

Y allá, al otro lado del Atlántico, míster Mintone se enfrentaba a su hija Carolina. Ambos estaban furiosos.

—No volverás a Inglaterra en tu... pajolera vida, Carolina. No volverás. Y si alguna vez sientes deseos de enamorarte de un maldito extranjero, recuerda: te haré encerrar en un manicomio. Pensar que en este momento alguien tiene un papel en el que se dice que tú y yo y... ¡Oh, madonna, eso me tiene medio loco!

No, Carolina no se enamoraría de un extranjero, y menos aún de un oficial de la guardia galesa o inglesa o escocesa o... ¡al diablo los militares de chaqueta encarnada!

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

